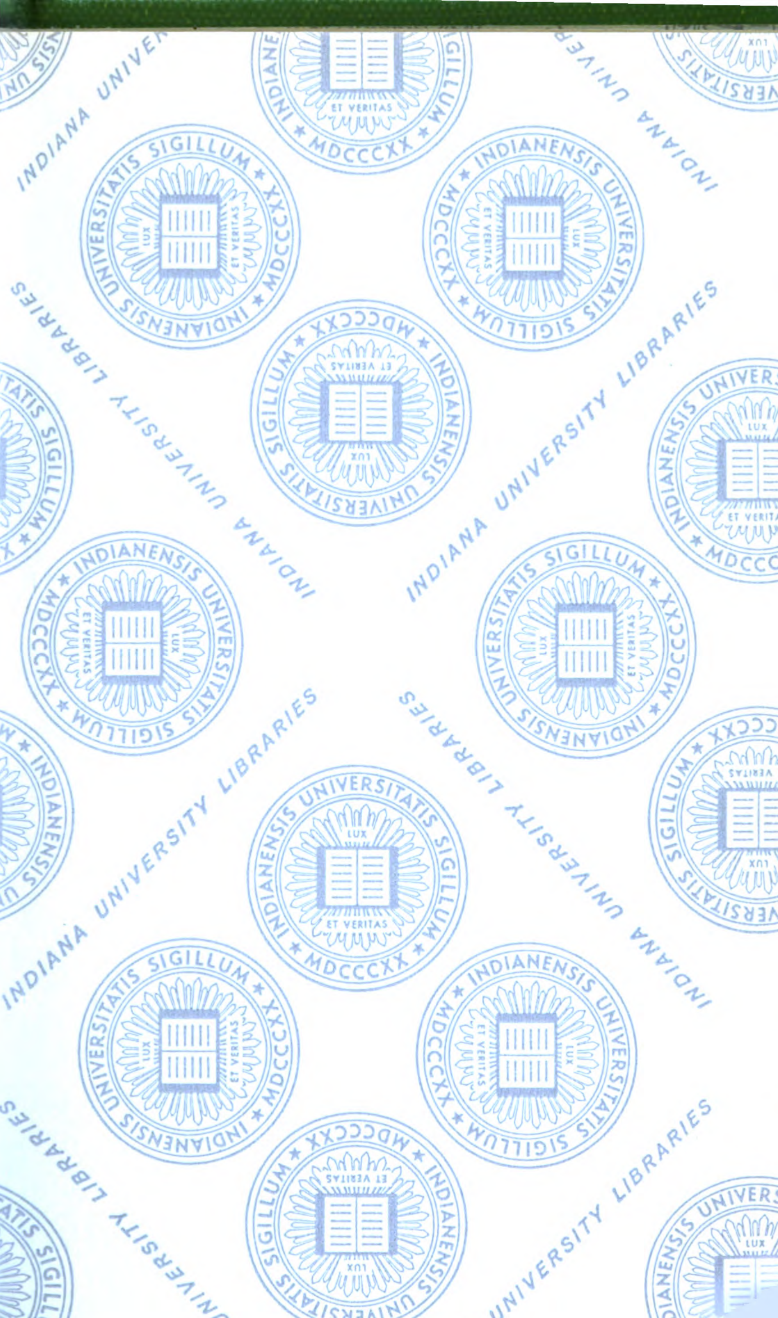
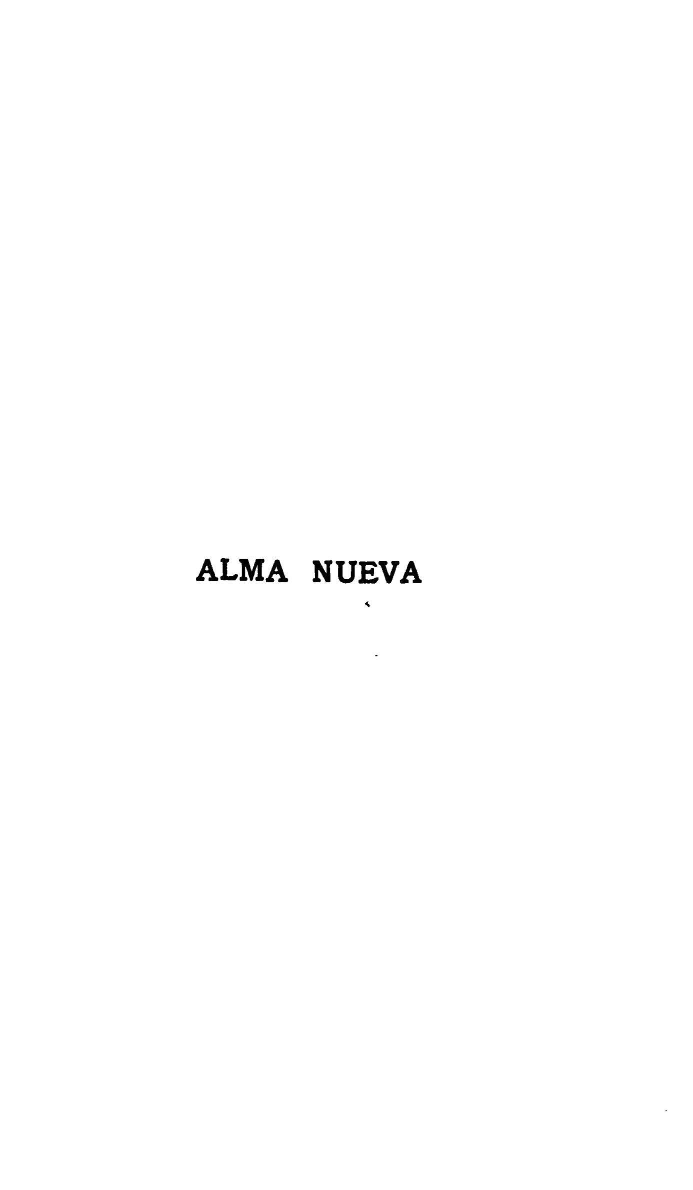

INDIANA UNIVERSITY LIBRARIES
INDIANENSIS UNIVERSITATIS SIGILLUM
MDCCCXX
LUX ET VERITAS


INDIANA UNIVERSITY LIBRARIES
INDIANENSIS UNIVERSITATIS SIGILLUM * MDCCCXX *
LUX ET VERITAS





# ALMA NUEVA

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

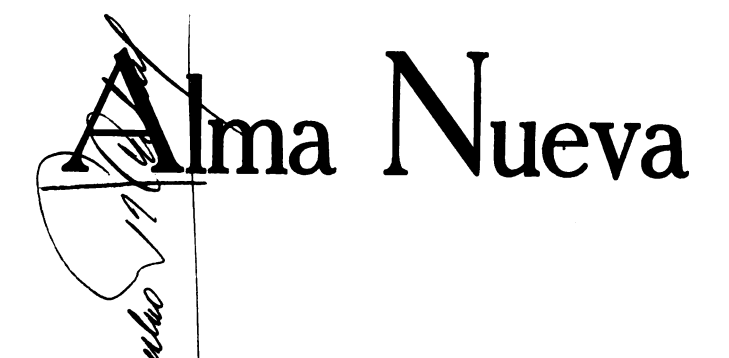
MEDICINA DE AGUJEROS

CUENTOS CORTOS

Narciso S Mallea

**SEGUNDO HUARPE** [pseud.]

---



# Alma Nueva






BUENOS AIRES

L. J. Rosso y Cía., Impresores — Belgrano 475

1923

# PRIMERA PARTE

## I

Don Rafael Escober, médico, se recibió como tantos otros profesionales en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, allá en aquellos tiempos en que el viejo Hospital General de Hombres entregaba su bagaje de saber y experiencia al novísimo Hospital de Clínicas. Practicante en el antiguo nosocomio cuya tétrica silueta se alzaba en el confín con el río, y en otros hospitales, el joven provinciano subió al fin a aquel púlpito o tribuna de la vieja Escuela que consagraba a los «sacerdotes del sagrado fuego de la vida».

Dotado de condiciones de inteligencia nada vulgares, pudo muy bien nuestro médico establecerse en Buenos Aires, acaso con muchas probabilidades de provecho y hon-

ra; pero cedió a esa atracción del pueblo natal que no resisten muchos espíritus sentimentales.

Trabajó en su provincia durante diez años con fortuna, planteándosele el problema del casamiento varias veces sin resolverlo. Había leído mucho, y en cuanto al matrimonio era un filósofo escéptico. Acaso influyó también en su espíritu cierta preocupación por haber encontrado, según decía, rastros degenerativos en sus ascendientes.

Pero había llegado a los cuarenta años y era necesario casarse. Se lo imponía la sociedad y su propia naturaleza afectiva. Se fijó en Leonor Marchand, una mujer de veinticinco años, perteneciente a una vieja familia, educada en sencillas pero sólidas bases de moral. El se había penetrado bien de las condiciones de bondad e inteligencia de su futura compañera, y pensó que en ese espíritu sereno y manso estaba la mujer con quien había de compartir los afanes y halagos de la existencia. La unión tuvo lugar y no pasaron seis años sin que los esposos fueran padres de dos hermosas niñas que constituyeron el encanto del hogar.

En vano esperó el padre un varón en quien modelar el tipo de hombre por él

anhelado: fuerte, generoso, ilustrado; pero no vino. Tuvo que conformarse con la tarea educativa de sus hijas, sin que dejara de comprender que ello era propósito más arduo. ¿Qué haría él para que fueran sanas de mente y de cuerpo? ¿Qué para encauzar su espíritu en una educación positiva, en una educación moderna, que haga de la mujer un ser instruído, útil a la sociedad, no por ser buena madre y buena esposa, sino por ser gran madre y gran compañera del hombre? ¿Cómo le ayudaría su mujer en este superior designio?

"Yo quisiera, solía decir el médico a su mujer, que nuestras hijas no fueran frívolas, superficiales, que perdieran la belleza cuando perdieran la juventud; quisiera que la belleza se conservara en la edad madura por esa fragancia que en el alma imprime el saber; quisiera que supieran de ciencia, de arte...»

Su mujer oía y asentía, pero sin bien alcanzar lo que su marido expresaba. Ella no concebía otra educación para sus hijas que la que recibían las demás niñas de la ciudad donde ellos vivían. Pero tenía suficiente penetración para comprender a su marido y valorarlo como hombre ilustrado y estudioso. Fué por eso que le dejó la dirección es-

piritual de sus hijas en cuanto a sus estudios, y limitóse ella a ejercer su acción en la vida doméstica y en algunas prácticas religiosas.

Las niñas fueron creciendo, llamando la atención por su singular belleza, especialmente Eugenia, la menor. Era ésta de carácter apagado y bondadoso; no así la mayor, Emilia, que era decidora y comunicativa.

Llegó Emilia a sus diez y nueve años y a diez y siete Eugenia, habiendo conquistado las dos el diploma de maestra normal.

Para la madre la obra de la educación de sus hijas había terminado. ¿A qué más podía aspirarse? Tenían un título que les permitiría algún día subvenir a sus propias necesidades sin ayuda ajena.

Esto, sin embargo, no bastaba al padre. Quería más, quería otra cosa, algo que explicaba a su mujer y que ésta llegó a considerar excesivo.

—Esto es lo común, lo vulgar, decía Escober a su mujer. Yo quiero una educación más amplia; quiero que mis hijas se destaquen de las demás por su saber. Si no, añadía el médico, nuestro esfuerzo se confundiría con el de padres que no, tienen un concepto cabal de su misión.

—Tú querrías, arriesgó su mujer en cierta ocasión, que nuestras hijas siguieran una carrera...

—No eso, precisamente. Quisiera que ahondaran los conocimientos que han adquirido y que asimilaran otros nuevos... hasta que frecuentaran una universidad, si no hasta obtener un título, al menos hasta adquirir una seria cultura que ellas no poseen.

—Entonces habría que ir a Buenos Aires.

—Sí, habría que ir a Buenos Aires y casi estoy resuelto a ello... Este programa de provincia para una niña, que consiste en ir a una escuela normal y casarse después, para morir como espíritu, como idea, como fuerza moral, como cerebro, traiciona el rol moderno de la mujer en la sociedad.

—Pero abandonar nuestras relaciones, nuestro medio, donde se nos distingue, donde se nos quiere; dejar nuestros parientes... nuestro apellido, podría decirse; cambiar todo esto que es bienestar, salud, hasta ayuda, por el anónimo que depara una gran ciudad... ¿Y tendríamos fortuna para ello? ¿Renta?... En Buenos Aires la vida es cara...

—Sí, tenemos... Claro es que no hemos de ir a alternar con gente rica, que nos exija

un tren que no podríamos sostener, pero viviremos decorosamente, tratándonos con personas de nuestro nivel social.

—En fin, tú lo quieres...

Este propósito del médico, que muchos miraron como una extravagancia, fué para sus hijas motivo de una gran satisfacción. Vivir en Buenos Aires era para ellas cosa que habían envidiado, no sólo por el amplio campo de cultura que una gran ciudad ofrece al espíritu, de que tanto su padre les habló, sino por esa natural aspiración que se hace vehemente en la juventud de vivir donde viven los más fuertes, los más atrevidos, los más felices.

Sólo, pues, faltaba para realizar el proyecto la franca adhesión de la madre. Y llegó, llegó poco a poco, hasta que un día únicamente se habló en la casa del médico del viaje proyectado.

Emilia y Eugenia estuvieron de paso en Buenos Aires, cuando pequeñas, en un viaje a Europa que realizó toda la familia por vía de paseo y con propósitos de estudio por parte de Escober. El recuerdo de la capital argentina se confundía en ellas en una borrosa reminiscencia de las viejas ciudades europeas.

Un día del mes de octubre de 19... el médico y los suyos abandonaban la estación de la lejana provincia en medio de abrazos y una algazara de felices augurios.

## II

La familia se hospedó en un hotel de la Avenida, conocido por su seriedad y modicidad en los precios. La clientela de la casa consistía especialmente en familias de Montevideo y algunas de las provincias que venían a Buenos Aires por largas temporadas. Esta circunstancia daba al ambiente una agradable llaneza que hacía cómoda y llevadera la vida de hotel.

Escober había escrito con antelación para que se le reservara un departamento que diera a la calle. Así fué; ocupó uno de los mejores sitios del vasto edificio, que le procuraba sol, aire y ruido... ese ruido que se ansia cuando se sale de lugares tranquilos y que pronto hastía.

La familia se adaptó pronto al medio y se relacionó con aquello que ella misma eligió, siendo las dos niñas, Emilia y Eugenia, el punto de mira de todos por su porte distinguido, su educación esmerada y su gracia.

Insensiblemente pasaron los días para la familia del médico sin haber buscado la vivienda donde debía instalarse definitivamente, y sólo cuando transcurrió un mes y medio se resolvió a abandonar el provisorio albergue de la Avenida.

Se trasladó a una casa de la calle Mansilla, dotada de todas las comodidades que exige la vida moderna. Doña Leonor, hábil en el arte de instalar una casa, púsose sin pérdida de tiempo a alhajar su nueva morada. Como empezaban a estar de moda las cosas antiguas, las niñas trajeron de su provincia muchos objetos y muebles valiosos que pertenecieron a sus abuelos y que fué lo que constituyó el lujo y elegancia de su casa porteña.

Pronto estuvo lista la nueva residencia. Su sala o recibimiento, su hall con su hermosa chimenea, su comedor, donde discretamente se lucía una vajilla de plata y faenza de antiquísima data; y arriba, en la parte alta, los aposentos y gabinete de trabajo de don Rafael.

En los dos meses que siguieron al arreglo de la casa, la familia se limitó a algunos deberes de sociedad y a visitar todo aquello que una gran ciudad ofrece al recién venido.

Pero el invierno tendía ya sus líneas y marzo abriría pronto su inmensa portada a la gran colmena estudiosa. Era necesario pensar en el programa cultural a seguir. Las hijas del médico habían aceptado gustosas el plan que el padre les había esbozado vagamente en su provincia; pero era preciso una vez en el terreno determinarlo, trazarlo, para llevarlo a cabo.

Escober había pensado en la Facultad de Filosofía y Letras como la única a su juicio en la cual una niña puede adquirir una educación seria, sin ese aprendizaje específico de otras facultades que desvía el espíritu hacia un solo cauce y que está más de acuerdo con la tendencia utilitaria del hombre. Fué ese programa compendiado en el propio nombre del establecimiento lo que el médico aceptó definitivamente para Emilia y Eugenia como una continuación de sus anteriores estudios y que había de procurarles un sentido estético y un superior concepto de la vida. Si se tropezara con inconvenientes para ingresar en la Facultad, que demandaran mucho tiempo para salvarlos, entonces se llevaría a cabo un curso libre o se asistiría como simples oyentes.

Emilia y Eugenia aceptaron el plan con verdadero entusiasmo, el cual calmó a do-

ña Leonor, que por momentos creía que su marido llegaría a enfermar a sus hijas con tanto estudio.

Las hijas del médico habían ya comprendido con sus tres meses y medio de estada en Buenos Aires lo que es una gran urbe. Ellas habían hundido su mirada inquieta en el tráfago ensordecedor de la calle y habían entrevisto como una lucha de mejora humana que les había dejado perplejas.

Un día dijo Emilia a su padre:

—Papá, cómo me encantan esas muchachas que trabajan en escritorios, en comercios, para ayudar a sus padres; que dan a su conciencia un fuerte apoyo con la diaria labor; que recorren largas distancias solas, sin ser molestadas...

Para ganar tiempo se tomó maestra de inglés, la señora Marby, una inglesa que ayudaba a su marido, empleado de ferrocarril, dando lecciones de su propio idioma. La señora Marby tenía pasión por el tennis. Habló mucho a las chicas de Escober de este deporte, que ellas conocían y habían practicado en su. provincia.

No tardaron Emilia y Eugenia en rivalizar en destreza y elegancia con las amigas más aventajadas de la seca señora.

Mrs. Marby decía, y con razón, que la mejor manera de aprender un idioma era jugando.

## III

La Facultad de Filosofía y Letras había abierto sus cursos y los alumnos hormigueaban en el amplio zaguán y escalinata de acceso en procura de sus respectivas matrículas. Esa cuadra triste había cobrado la animación del año escolar y el severo edificio que la ilustra esa como sonrisa de ventanas abiertas que caracteriza la vida de un inmueble.

Nuestras amiguitas, Emilia y Eugenia, fueron de las primeras en ir a curiosear, y apresurémonos a decir que sintieron recogimiento... esa como duda de la profesa al hacer el voto de castidad.

Pero no. Ellas volvieron y caminaron taconeando por los largos pasillos, llenaron sus pulmones con el aire sagrado de las aulas desiertas, miraron los muros amarillentos y se sintieron confortadas por una gran fe.

Cuando regresaron a casa dijeron a su padre:

—Papá: ayer nos dió tristeza la Facultad; nos puso miedo; nos acordamos de la vida tranquila, suave, de nuestra provincia y nos dió gana de volar hacia ella; pero hoy no; hoy hemos encontrado la Facultad cuidada sólo por el conserje y hemos andado por todas partes, y nos ha parecido que esa casa es como todas las casas, que es como nuestra casa... Es preciso que vayas a la Facultad y lo averigües todo. Se nos dice que los cursos funcionarán ya dentro de unos quince días.

Cuando la señora Marby fué por la tarde a darles la lección de inglés, Emilia le dijo:

—Mrs. Marby, hemos conocido la Facultad de Filosofía y Letras. ¡Qué contentas estamos!...

—¡Ah, sí!, refunfuñó la escuálida señora. El inglés y el tennis también "es linda".

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

Las dos niñas cursaron el primer año. Habían estudiado filosofía, historia, literatura y latín, y si a esto se agrega la tortura de la señora Marby con su inglés se verá que no se había perdido el tiempo.

Doña Leonor ponía también su grano de arena en la cultura de sus hijas, llevando la iniciativa cuando de arte dramático o lírico

se trataba, para concurrir a todo aquello que fuera capaz de despertar un alto estímulo o constituir una enseñanza.

La vida universitaria comenzaba a poner perfiles más acentuados en la personalidad moral de Emilia y Eugenia. Se sentían como más enérgicas. Y cuando abandonaban el aula y echaban a andar en procura del tranvía que había de llevarlas a casa, parecíales que tenían algo más que sus atractivos físicos, un algo nuevo que les elevaba sobre el nivel de lo vulgar.

Las sobremesas de la familia Escober eran conversaciones interesantes sobre temas que proponían sus hijas relacionados con sus estudios, y que el padre, a las veces, substituía por otros que él reputaba de mayor importancia o actualidad, sucediendo muchas veces que la amable plática iba a rematar en una exposición de pintura o en una crítica teatral.

Escober se sentía satisfecho; veía su plan en feliz realización; pero era un afectivo, vivía con la preocupación de sus hijas. Una idea comenzaba a aguijarle: el casamiento. El tendría que venir el día menos pensado. ¿Y ese ideal de marido que él se había forjado para ellas no se los haría conocer? ¿Habría él cumplido con su deber de padre si sólo hubiera educado a sus hijas a su

manera, sin inculcarles la idea de un marido sano, fuerte, ilustrado?

Les habló varias veces del casamiento, su trascendencia, lo que él puede originar mal concertado. La necesidad de buscar una posible semejanza o armonía espiritual que haga posible una larga vida en común. Les habló de la responsabilidad de la familia, de la herencia morbosa que originan padres enfermos y concluía siempre con una frase que expresaba sonriendo: «ni locos, ni alcoholistas...»

Emilia, que era la hija más parecida a su padre, escuchó más de una vez con devoción religiosa al médico, y creyó adivinar en él algo como una obsesión de mejoramiento o vigor de linaje o descendencia.

Eugenia, inteligente, pero menos sagaz que su hermana, dijo una vez a su padre cuando ponía fin a su exhortación con la muletilla de marras:

—Papá: pero en lo que tú llamas tu estribillo no se cita a los jugadores, y yo creo que éstos llegan con el vicio a la desorganización de la familia.

—Es que, hija, hay quienes piensan que el juego es una neurosis, y entonces el estribillo tendría mucho más amplitud de lo que parece.

## IV

Se estaba de vacaciones. Eugenia había sufrido un ataque de gripe y su convalecencia demandaba salir de la ciudad por un tiempo. Este éxodo lo tenía pensado Escober antes de la molesta indisposición de su hija, ya que él no se efectuó el año anterior.

¿Dónde se iría? A la provincia de donde era oriunda la familia no podía ser; se había dejado apenas hacía un año; era necesario ir a otra parte. Las opiniones se dividieron en el campo de las relaciones; quién aconsejaba Montevideo, quién Mar del Plata.

La familia del senador Vidart obtuvo el triunfo. Ella iría ese año a Mar del Plata, y ¿qué mejor cicerone para sus amigas y parientes?

No bien llegó a conocimiento de la señora Marby la nueva del viaje concibió la posibilidad de ir también ella a la hermosa playa. Se ofrecería a la esposa del médico para continuar dando a sus hijas las lec-

ciones de inglés sin remuneración alguna en cambio de llevarla en su compañía. Además le sería útil en muchas cosas, le enseñaría infinidad de puddings y hasta algún cock-tail exquisito.

El negocio resultaba redondo para la ingeniosa señora. En verano casi no tenía discípulas, pues casi todas se iban de veraneo. De manera que su paseo a Mar del Plata le saldría a trueque de un mes o dos de lecciones a las niñas.

Doña Leonor aceptó, y la señora Marby arregló todo con su marido para estar lista al primer aviso. Llevaría su perro, enorme galgo negro a quien quería como al propio Mr. Marby.

La familia de Escober se instaló en un confortable hotel, sin ser el mejor de la ciudad, pero situado cerca del mar y no lejos de la rambla.

Inmediatamente de quitarse el polvo del viaje, sin ser aún las nueve, Emilia y Eugenia se lanzaron a la calle a ver el océano. Tenían la curiosidad del mar, que no habían visto nunca, si no fuera el recuerdo infantil de la masa plomiza surcada por el vapor en su remoto viaje a Europa. Sintieron en la cara ese como picor del aire de mar y recibieron en la arena de la orilla el

golpe de la onda moribunda; vieron torsos, pechos, rostros aljofarados por las gotas amargas y como incendiados por el rojo de la saludable agitación o el sol de platino de esa mañana de enero.

Volvieron al hotel presurosas; querían ver bien el alojamiento, querían hablar por teléfono con las de Vidart para decirles que habían llegado ya... y querían trazar el programa diario a que debían sujetar su tiempo durante su estancia en el balneario.

—Mira, Eugenia, rompió Emilia. Lo primero que haremos todos los días bien temprano será un hermoso paseo, un paseo higiénico, a la inglesa, como los que solemos hacer en Buenos Aires con Mrs. Marby. Y claro está que con el perro. No hablaremos sino inglés. De regreso tomaremos nuestro baño de mar, y más tarde, allá a las 15 ó 16, efectuaremos nuestro partido de tennis. Ya sabes tú que a papá el mayor disgusto que podremos darle será no jugar al tennis. Más tarde toillete, y a la noche, a la noche... a buscar novio. Mira si me oyera papá...

—Y a ti que te cree tan seria, tan grave...

Al otro día a las siete, después de un desayuno suculento, salían del hotel Emilia,

Eugenia y su maestra de inglés; el perro negro seguía detrás con su collar; la inglesa llevaba con afectación una cadena de acero bruñido para someter el can a su voluntad cuando fuese necesario.

—¡Son inglesas!, decía algún muchacho elegante.

—¡Claro!, remachaba otro, si hablan inglés...

Cuanto asomaba el perrazo en la rambla saltaba una voz:

—¡Las inglesas!...

Porque el perro, Jams, era un malvado. Cuando las chicas y la señora Marby iban a penetrar en la rambla, él se presentaba el primero, a despecho de su dueña, que le llamaba con insistencia. Sólo cuando los fotógrafos enfocaban el grupo huía dominado por un gran terror.

A muchos despertaron curiosidad «las inglesas del perro». Unos las creían hijas de un comerciante norteamericano muy rico que se decía había llegado a veranear en esos días; otros unas bailarinas de danzas clásicas, etc.

Pero no duró esto mucho. Se supo que las niñas del perro pertenecían a una honorable familia argentina llegada hacía poco a la hermosa playa.

Las chicas fueron llevadas por la familia de Vidart a las mejores reuniones sociales, y demás estará decir que agradaron mucho. Más que mujeres de vistosa estatura, eran monas, sutiles, graciosas, elegantes, cautivando sobre todo por un trato exquisito y un don de gentes admirable.

Hubo un muchacho de apellido Zibermann, hijo de una familia rica, que se prendó de Emilia. Conversó con ella, bailó y hasta llegó a proponerle casamiento. La chica, que no había pensado aún en eso, desvió la conversación y se cuidó de seguir alimentando en su pretendiente una pasión que no era posible llegara a una solución para él satisfactoria.

No era, por otra parte, el festejante un hombre para Emilia, alma ardiente, sentimental... A ella la hubiera conmovido un muchacho inteligente, fino, valiente, ilustrado, capaz de concebir o sentir cosas superiores. Un tipo así acaso la hubiera desviado de esa orientación de estudio en la que estaba comprometida con su padre. Pero Zibermann era nada más que un muchacho buen mozo, rico, poquísimo o nada culto. Lo que para otra niña, con un concepto más práctico de la vida, pudo ser un buen partido, para ella, muchacha del in-

terior, ansiosa de alma, fué sólo una vulgar oportunidad.

Estos festejos se desarrollaron en forma tan breve, que el propio Dr. Escober los hubiera ignorado si Mrs. Marby no lo hubiera puesto en sospecha al hacerle esta picante insinuación después de un paseo con las chicas:

—Doctor: «Ni locos, ni alcoholistas...»

## V

D. Juan Domingo Vidart era senador vitalicio. Podríamos decir así, ya que se había conseguido una reelección y vivía en Buenos Aires hacía quince años, gracias a la dieta que el presupuesto le deparaba. Pudiera decirse el arquetipo de ese provinciano socarrón, de trastienda y mucho hígado. A su cuenta echaban en su provincia un par de revoluciones, dos o tres conatos y hasta la muerte de un gobernador. Pero nadie vió a don Juan Domingo con las armas en la mano. Suave en el hablar, casi dulce, frío para el dolor ajeno, servicial por cálculo, había nacido como algunos monstruos fríos y hasta buenos.

Pasaba en su provincia por rico, pero él decía que tenía muy poco, y que si no fuera la senaduría no podría sostenerse en la capital.

Nunca dijo en el Senado don Juan Domingo esta boca es mía; y si no se tomara

como verbo algún rezongo tímido o algún cuchicheo, se diría que el padre de la patria vivió en la alta cámara sólo para mirar. Perteneció a todos los partidos que han gobernado el país, y cuando en antesalas decía «nosotros fuímos siempre así», diríase que fué un hombre que tuvo gran apego a sus convicciones.

Casó con Carmen Escober, prima hermana del médico, mujer no exenta de inteligencia, pero educada en un medio estrecho que no le permitió ver más allá de sus narices: una de esas mujeres con que tropezamos en la vida, buenas, honestas, piadosas, que cuando se les muere el marido se quedan sin brújula o cuando se les quema la iglesia se quedan sin religión.

Del matrimonio hubo tres hijos: Andrés, María y Clara, los que vivían con sus padres en Buenos Aires gracias a la pitanza senatorial. El primero tenía veinticinco años y sus hermanas veintiocho María y veintiséis Clara.

No hicieron muy buenas migas en la zarandeada provincia de su nacimiento estos dos hombres: el senador y el médico. El uno dado a los ajetreos turbios de la política, ignorante, audaz; el otro sólo médico, estudioso, desinteresado.

Pero el exilio, por mano ajena o por la propia, refresca vínculos, y estas familias que en el terruño se visitaron muy poco, aquí, en Buenos Aires, se vieron más, se buscaron y, justo es decirlo, la de Vidart sirvió de mucho a la recién venida en pequeños detalles de su nueva vida.

Eran, empero, dos familias distintas. Don Juan Domingo vivía con los suyos a la vera de la senaduría. El sacó también al puesto una ventaja social. Fué así que a la primera oportunidad se presentó don Juan Domingo con su Carmen de visita en casa de un compañero de cámara adinerado. Consiguiendo por este medio su familia convivir en un medio que no soñó.

Esta circunstancia hizo que las chicas de Vidart fueran conocidas; solían llegar hasta la crónica social de los grandes diarios, y más de una vez la oficiosidad de éstos dijo que el senador estaba indispuesto, cuando realmente había estado bueno y sano ocupado en sus altos quehaceres de la cámara.

Las niñas de don Juan Domingo eran de las que gobiernan la casa, signo característico de la familia de un político de tierra adentro; y se llegaba a todo sacrificio para no faltar jamás a los detalles pro-

tocolares que la posición social de un senador exige. A don Juan Domingo no le permitía la carga del senado, según él, echar una ojeada a su hacienda. Y doña Carmen vegetaba en una vida señatoria

Todo se quemaba en aquella casa parásita en un fuego devorador de figurar. Nadie pensaba en el mañana.

No fué, pues, extraño que las hijas de Vidart encontraran raro y harto criticable que las hijas del médico hubieran venido a Buenos Aires a continuar sus estudios en una universidad.

## VI

El segundo año de tareas esperaba a Emilia y a Eugenia con una novedad: el griego. Querían iniciarse en esta lengua que parecíales un instrumento sagrado. Su padre les había dicho que las lenguas antiguas daban al alma el aroma del sándalo.

Por otra parte, la Facultad parecíales algo suyo. Ese hielo del primer año había desaparecido. Comenzaron a sentirse en un nuevo hogar.

El estudio no les era pesado. Como ellas estaban inscriptas sólo en la sección de Filosofía, quedábales tiempo para esparcimientos sociales y otros actos que contribuían a su cultura literaria y artística, como las lecturas y conferencias de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres o de otras instituciones y ateneos.

Emilia se hizo en este segundo año de estudios de una relación en la persona de Magda Treddy, muchacha dotada de un

fuerte don de simpatía y que debía prestarle más tarde importantes servicios. Magda seguía el mismo curso que las hijas de Escobar, y aunque antes se había tratado con ellas, sólo se cimentó la relación cuando el tiempo hizo que se conocieran más.

Dado el rol importante que ha de jugar Magda en la vida de Emilia, vale la pena que hagamos de ella siquiera sea un somero bosquejo moral.

Allá por los años 1880 al 90, llegó a Buenos Aires Carlos Sforza, italiano, casado con una mujer perteneciente a una conocida familia napolitana, Catalina Casalbore. Sforza había sido cónsul de su país en Egipto, cargo que renunció para venir a América, alucinado por otro italiano rico, de apellido Marcora, que le propuso una explotación de bosques en el Chaco.

Llegado a Buenos Aires Sforza y el propio Marcora, desistieron de la empresa, de común acuerdo, por inconvenientes imprevistos insalvables.

Desde ese momento Sforza trabaja en Buenos Aires dos o tres años sin encontrar una base firme que resuelva su situación. Entonces va a Mendoza y se dedica a la industria vinícola, la que le permite formarse en pocos años una buena fortuna.

Liquidó sus negocios en Mendoza y se

estableció en Buenos Aires para atender la educación de una hija que tenía ya diez años.

Los medios fáciles de vida desvían a Sforza de una seria conducta: se entrega al juego, a especulaciones arriesgadas y se arruina de la noche a la mañana. Un día desaparece del hogar para no volver más. Su mujer tiene que trabajar para atender a su subsistencia y la de su hija. Da lecciones de música, pintura, francés, italiano, lo cual realiza sin dificultad, gracias a una exquisita cultura que recibiera en Europa al lado de su familia.

Cinco años han transcurrido desde que el marido abandonó a su familia. Magda, la hija, es una muchacha hermosa. Tiene un novio. Se concierta el enlace. Es la salvación de la familia. Y cuando faltan días para que la boda tenga lugar, el prometido muere repentinamente de un síncope cardíaco.

A Magda le asalta una sospecha horrible. Está encinta. Se lo comunica a su madre. Esta, desesperada, loca, propone a su hija quitarse ambas la vida. Magda corre a casa de una amiga de su madre, una buena mujer. Esta calma a la esposa abandonada, le infunde valor.

Ocho meses vive Magda encerrada. Teje, borda, cose. La madre, que está como atontada, que ha perdido la memoria, no puede ya enseñar; vende en la calle el producto de la labor diaria de la hija. Una sociedad de beneficencia hace llegar al hogar desgraciado un subsidio todos los meses.

Viene el alumbramiento. La madre y la hija abandonan el barrio. Magda entra por fin en un comercio por mayor, la casa Prebble y Treddy, como dependiente encargada de la correspondencia, y uno de los patrones, Treddy, se prenda de la belleza de la empleada y la solicita en matrimonio. Magda cuenta a Treddy su vida, y el enamorado patrón, que parece quererla más, le ruega acceda a su pedido. La boda se realiza y Treddy adopta al hijo de Magda.

Treddy es un hombre de posición y se instala con su mujer y su suegra en un hermoso hotel situado en un barrio elegante de esta ciudad. Magda es amante del estudio y ha obtenido de su marido le permita seguir el curso de filosofía en la Facultad hasta obtener el título de doctora.

Cuando Emilia supo esto por los propios labios de Magda, sufrió un desencanto. Le pareció culpable. La vió vulgar. Y despidióse de su amiga con frialdad.

Pero cuando hubieron pasado veinticuatro horas; cuando esa idea fija del recuerdo de la amiga que le había abierto su alma se clareó por una noche de calma, y en lugar de ver a una seducida vulgar vió a una mártir; cuando pensó que esa falta no fué falta, sino una traición del destino; cuando tuvo la convicción de que no habría poder humano que condenara a Magda, sintió necesidad de estrecharla. Al otro día la buscó en la Facultad y le dijo:

—Te quiero más que nunca...

## VII

El Dr. Escober está en su gabinete de trabajo. Son las diez y seis. Un sol de invierno, suave, acariciador, da vida a la habitación. El médico lee. Una china corpulenta, con un desgaire cuyano, dice a su patrón:

—«Juancito» pregunta por usted...

—¿Qué Juancito?, gruñe Escober.

—«Juancito», el hijo de don Juan Domingo.

—¡Qué querrá ese tonto!... Hazle pasar.

Penetra en la habitación un muchacho bien parecido, vestido con elegancia, de finos modales, y después de saludar al médico le dice:

—Tío, usted seguramente no esperaba esta visita. Hace ya tiempo hablamos con Eugenia que yo tendría que venir a hacer saber a usted que gusto de ella y que deseo tener su autorización de usted para visitar-

la. Tía ya sabe que Eugenia y yo nos queremos...

Escober recibió este escopetazo en medio del pecho. La sorpresa era grande; nada sabía.

—Si Eugenia lo desea, no pondré yo inconveniente, barbotó el médico.

Juancito, como lo llamaba la china, se deshizo en cumplidos con su tío, y después de agregar unas incoherencias se retiró.

Escober bajó al hall, tomó su sombrero y salió. Necesitaba caminar, desahogarse. Se dirigió por la calle Mansilla hacia el oeste; encendió un cigarrillo, después otro... Se sentía como ofendido. Nadie le había dicho nada; todo el mundo lo sabía, menos el jefe de la familia; él, que vivía consagrado a sus hijas, que era su consejero, su amigo...; y después, casarse su hija con un imbécil, con el hijo de Juan Domingo... Su mujer, su compañera, nada le había dicho. ¡Oh!, era un despojo. Y aprovechando el estruendo del tranvía Lacroze, que en ese momento pasaba a su lado, exclamó a media voz: «¡Pero qué tonto, qué imbécil es un padre extremoso!»...

Escober había caminado y caminado, llegando hasta el Hospital de Niños sin saber cómo. Se sentía ya fatigado. Tornó a casa.

Cuando iba a poner los pies en el umbral el médico era un filósofo. Nuestro galeno conocía este procedimiento para calmar los nervios. Cuando en su provincia alguien le consultaba sobre la mejor manera de conducirse en un pleito de familia, le decía: «Antes de intervenir, tome Ud. la calle y camine hasta que sienta ese calorcillo que inicia la transpiración; vuelva después a casa y será un Salomón».

Por otra parte, Escober era un hombre en quien lo humano, la fría razón, reaccionaban con facilidad. ¿Qué tenía, al fin, de extraordinario que Eugenia se hubiera enamorado de un muchacho buen mozo, si era lo natural, y hasta que hubiera omitido el decírselo? No era una falta grave...

Pensó también el médico en que si Eugenia llegaba a casarse no lo haría sino después de un tiempo, lo que le permitiría cursar por lo menos un año más de Facultad.

Cuando Escober regresó habían vuelto ya las chicas de sus clases. Le esperaban para sentarse a la mesa. Besó a su hijas como de costumbre, deslizándoles la muletilla de marras: «ni locos, ni alcoholistas».

—Y a propósito, papá, dijo Emilia. Tú has tenido hoy una visita interesante.

—Es cierto...

Eugenia rompió a llorar.

—No creo que sea caso de llorar, intervino la madre. El muchacho sólo ha pedido visitar.

—Naturalmente, agregó Escober... Vamos, Eugenia. Cuando hayamos concluído de comer, iremos al piano, se cantará... ¿Y qué hay de Mrs. Marby?, continuó el padre, desviando la conversación; hace días que no la veo por aquí...

—Tiene el perro enfermo, papá, respondió Eugenia; lo ha hospitalizado en el sanatorio de la Sociedad Protectora de Animales y va dos o tres veces diarias a verle.

—La Sociedad Protectora de Animales, agregó Escobar, es una admirable institución, cuyas similares cuentan con un gran apoyo en Inglaterra y Estados Unidos; no aquí, donde muchas veces se hace hasta mofa de la nuestra. Hay un hombre benemérito que la sostiene con una grande devoción, su presidente, y al cual se hará cumplida justicia cuando la cultura de nuestro país haya hecho mayores progresos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Los amores de Eugenia con el hijo del senador vinieron sin que ella lo pensara; se vieron muchas veces y se quisieron. No tuvo en cuenta que era muy joven, que po-

día esperar, que acaso debió consultar a su padre antes de amar... Fué una cosa natural, como brota el agua entre las piedras.

Despojado Andrés del prejuicio de ser hijo de don Juan Domingo, resultaba ser un excelente muchacho. De veinticinco años de edad, simpático, era lo mejor de ese pequeño senado que tenía el ilustre padre de la patria en su casa. Mucho antes de concluir los estudios preparatorios, todavía un niño, la avaricia senatoria de su padre le proporcionó un empleo en una oficina pública. Egresado del Colegio Nacional, sin propósito de seguir una carrera, continuó desempeñando su empleo hasta llegar a una alta jerarquía debido a su contracción y honradez (gloria y prez de don Juan Domingo).

Claro que no era éste, ni remotamente, el hombre en quien Escober hubiera pensado para novio de su hija. Era poco; el padre hubiera deseado algo más; o, en todo caso, un muchacho como el propio hijo del senador, pero que no fuera un Vidart.

Fiesta hubo en lo del senador cuando se supo que su hijo sería recibido oficialmente en lo de Escober. Bien sabía la familia de Vidart qué joyas eran las hijas del médico,

por su educación, su alma y su cultura. Y aunque las hijas mojigatas del senador hubieran alguna vez criticado la liberal manera como las chicas de Escober eran criadas, sabían lo que ellas valían.

Don Juan Domingo quiso desde ese momento vivir más. Dejó de fumar, cosa que su médico no consiguió, no obstante habérselo aconsejado con insistencia, a consecuencia de un dolorcillo crónico de pecho que daba qué pensar al senador.

## VIII

Corría el mes de enero de 19... Había terminado el segundo año del curso de filosofía. La temporada de verano de la familia Escober debía hacerse ese año como el anterior en Mar del Plata. Había dos razones para ello: la atracción de la hermosa playa, y que también iría allí la familia del senador.

No se vería como el año anterior ese grupo de «las inglesas» y el perro. Mrs. Marby comprendió que la razón de los puddings y los cock-tails no era ya valedera, puesto que nada de esto se hizo en la temporada pasada; que, por otra parte, la familia del médico contaba con la del senador que le ahorraría toda otra compañía. No le quedaba otro camino a la famosa señora que quedarse ese año en la ciudad con su marido, su perro y algunas discípulas de inglés.

Las dos familias pararon en uno de los

mejores hoteles de la ciudad y se alojaron juntas, como si fueran una sola, para obtener una apreciable reducción en el precio del hospedaje, cosa que se le ocurrió al senador.

Ideológicamente estas dos familias no guardaban semejanza, y sólo la circunstancia del noviazgo que las vinculaba pudo hacerles llevadera la vida en común.

A las primeras reuniones sociales que asistió Emilia, se encontró con Zibermann. Ella comprendió que en el muchacho persistía aún su inclinación hacia ella. Emilia se mostró indiferente. Pero mujer, no pudo dejar de sentir algo por aquel hombre que no la olvidaba. Comenzó a nacer en ella cierta simpatía por él. Hasta que una tarde que se bailaba en un hotel a la hora del te, Zibermann la afrontó nuevamente. Fué aquello una reanudación de lo anterior y quedó establecido un statu-quo.

Al otro día de este suceso Emilia tuvo una agradable sorpresa en la rambla. Divisó a Magda Treddy que avanzaba con su marido en dirección a ella. Emilia se desprendió del grupo de su hermana y amigas y corrió al encuentro de su amiga. Todo fué alegría, presentaciones efusivas, promesas de visitas, etc.

Emilia sabía que los Treddy tenían un elegante hotel en Mar del Plata y que ese año se verían con su amiga allí, pero no creyó que esto sucedería tan pronto.

Al otro día los Treddy visitaron a la familia de Escober. Mucho simpatizó el médico con el marido de Magda, Enrique Treddy era un hombre de unos cuarenta y dos años, argentino, de padres irlandeses.

Fué Treddy el ángel bueno que substrajo al médico más de una vez de la tortura del senador, en ese tiempo muerto de las tardes estivales, en que tenía adormecido, cansado, aburrido a su pariente, con una retahila pesada de cosas políticas. De Magda, esa mujer dulce, inteligente, mucho habló Emilia a sus padres.

La incorporación de la mujer de Treddy al grupo de las chicas de Escober y de Vidart fué forzosa, dada la intimidad de la primera con las hijas del médico. Pero como Magda y Emilia eran íntimas, como eran por otra parte dos mujeres que tenían tantos puntos de contacto espiritual, y su conversación salía por veces de ese marco trivial de las pláticas femeninas, sintieron en ciertos momentos la necesidad de aislarse. Fué entonces que resolvieron hacer caminatas al sol, a la orilla del mar. Y en-

tonces conversaban a sus anchas de todo: de la vida, de los hombres, del mundo. Y cuando el andar y la charla fatigaban, sentábanse en una piedra a contemplar el mar.

En uno de esos paseos Emilia dijo a Magda que quería hacerle una revelación y que le pediría un consejo. Le refirió todo lo relativo a sus relaciones con Zibermann, truncadas por su propia voluntad antes, y la insistencia del muchacho. Díjole que la primera vez no tuvo la menor inclinación por él, pero no ahora, que sentía por Zibermann cierta atracción, ya que veía abrigaba por ella una pasión que había resistido ya un contraste. Que tenía con su padre un compromiso moral, cual era seguir la carrera hasta obtener el diploma, si bien el mismo padre dijera en varias ocasiones que bastaría a su designio que sus hijas cursaran sólo dos o tres años universitarios. Que el consejo que iba a pedirle consistía en una declaración franca de su sentir en cuanto a si debía esperar o aceptar el amor que se le brindaba, previo conocimiento del novio. Que le hacía presente que en ella no había aún lo que puede llamarse un amor.

Magda vió que su amiga la hacía su confidente y se sintió compensada.

—Sí, Emilia, prestaré a tu espíritu un

apoyo. Yo sé que el rol que me deparas es muy serio, pero me debo a ti. Ya tengo vivos deseos de conocer a ese muchacho con el cual estoy simpatizando, porque no concibo que pueda interesarte sino un espíritu selecto.

—No creas. No es así, precisamente. La consulta que te hago obedece a eso. Quiero que me manifiestes con franqueza tu opinión respecto a Zibermann como hombre interior, como espíritu. En este concepto a mí me deja cierto vacío.

Al otro día era presentado el pretendiente de Emilia al matrimonio Treddy. El muchacho pareció bien a Magda. Y se acentuó esta impresión cuando lo trató una o dos veces más. No tuvo, pues, inconveniente en decir a Emilia:

—Te felicito; tu candidato me gusta.

—¿Pero lo crees un hombre para mí?

—Eso es otra cosa. Pero casi podría decirte que sí.

—¿No has notado en él poco fondo?

—¿Poco fondo?... Los hombres elegantes tienen por lo general poco fondo...

—¿No has descubierto en él cierta vulgaridad de criterio... poco sentido filosófico en sus juicios? Vamos, ¿no lo encuentras superficial?

—No. Ahora ilustrado, no me atrevería a asegurar que lo es. Nada hablamos de cosas que no fueran triviales. La verdad es que él no insinuó tampoco un tema que no fuera de los comunes en una conversación.

—Es eso...

—Pero, Emilia, no es posible encontrar la perfección en un novio o marido... Zibermann es un joven bien parecido, simpático, elegante. Es hijo de un hombre que ha formado un hogar honorable y conquistado una envidiable posición con su trabajo e inteligencia; debe suponerse que el hijo ha heredado del padre buen sentido, talento. Ahora, si en él no hay mucha cultura, si no tiene un título universitario, no creo que sea ello defecto en un marido. Bastaría con que la mujer tuviera esas virtudes.

—¿La mujer solamente?...

—Acaso. O él solamente, si la mujer sólo fuera bella y adornada de otras condiciones... ¿No será mejor para la armonía del matrimonio que sólo uno de los cónyuges sea ilustrado, sin que quiera decir esto que el otro sea ignorante? Dos seres unidos en matrimonio que rivalicen en saber ¿serán siempre felices?

—Parece que quisieras sentar una paradoja...

—Es que en la vida, Emilia, hay muchas paradojas... Nosotros somos (ahora hablo de mí) muy felices; mi marido es menos inclinado a los libros que yo; ha estudiado menos, y llego a pensar que si los dos viviéramos en un continuo aprender no seríamos tan dichosos. No hago memoria de un matrimonio de artistas, los dos igualmente célebres, que hayan vivido en paz.

—Entonces...

—Insisto en que Zibermann es un pretendiente digno de ser tomado en cuenta. Pero, Emilia, hay una parte en este asunto, como la hay en todos, y que debe ser tuya, completamente tuya: el azar.

—Gracias, Magda, me dejas casi resuelta.

Una circunstancia inesperada hizo que el matrimonio Treddy abandonara Mar del Plata. Enfermó de cuidado el hijo de Magda y fué necesario traerlo a Buenos Aires para ponerlo bajo la asistencia del médico de la familia.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¿Quién era Raúl Zibermann? Era un joven de unos veintiocho años, hijo de un alemán que enriqueció en la provincia de Buenos Aires. Este casó cuando tenía ya

treinta y cinco años con una niña argentina, de cuya unión hubo tres hijos: Raúl, Lía y Cora. Hombre de buen sentido y amante de su familia, se estableció en la Capital Federal tan luego se lo permitieron sus medios, lo que facilitó la educación de sus hijos, sin perjuicio de prestar a sus intereses rurales la debida atención.

Las niñas fueron de pequeñas a una escuela alemana, y más tarde, cuando tuvieron mayor edad, fueron enviadas a Suiza para continuar sus estudios en un instituto de señoritas. Raúl fué el reverso de lo que habían sido sus hermanas. No fué como ellas dócil, aplicado, sino que por el contrario fué voluntarioso e indolente.

Estas condiciones reveladas en la niñez del muchacho se acentuaron en la adolescencia, sin que el padre pudiera orientar al hijo como él lo deseara. Cumplidos sus veinte años, Raúl era sólo un joven que vestía bien, que gastaba, que frecuentaba los centros elegantes donde la juventud adinerada dilapida y juega.

Llegado a los veinticinco años, y en un grave momento en que el padre todo lo arrostra, planteó a su hijo esta seria alternativa: el trabajo o la calle. El hijo buscó la intercesión de la madre, prome-

tiendo modificar su conducta. Una circunstancia vino a poner a prueba la sinceridad de lo afirmado por Raúl. Su padre tenía resuelto un viaje a Europa. Dispuso dejar al hijo el cuidado de sus negocios, aunque con limitaciones muy severas. La ausencia de Zibermann y su familia debía durar ocho meses. Cuando el padre de Raúl regresó al país, éste le presentó cuentas que, si no eran completamente satisfactorias, eran aceptables por tratarse de quien las rendía. Raúl quedó desde esa fecha vinculado a los negocios del padre en forma que ello constituía un estímulo. Pareciera que en el muchacho hubiera surgido como un propósito de enmienda. En revancha, su vida anterior había puesto en él esos caracteres machos de atletismo que suelen acompañar a una vida desorbitada. Era un lindo tipo de hombre, con esa fragilidad que tanto atrae a la mujer.

Este muchacho fuerte, apuesto, sin ningún caudal moral, va a ser el marido de Emilia Escober, espíritu delicado.

## IX

La familia de Escober está ya en la Capital y se nota inusitado movimiento en su casa de la calle Mansilla. Se diría que algo extraordinario va a pasar en ella, y es así efectivamente: va a tener lugar el casamiento de Eugenia, la hija menor del médico.

Mrs. Marby ha tomado posesión de la casa. No basta que el servicio exprofeso tomado para los mil quehaceres que origina un suceso semejante haya invadido el domicilio de los Escober; ella, la servicial señora, quiere poner mano en todo con solicitud digna del acendrado cariño que profesa a la excelente familia.

Había llegado a ser Mrs. Marby, además de profesora de inglés de las chicas, una amiga de la familia; una de esas amigas que, sin tener el rango de la gente que las recibe, son consideradas y obtienen dádivas y favores por los servicios que prestan.

Así era Mrs. Marby. Había un enfermo en lo de Escober, allí estaba ella para secundar a doña Leonor. Pero cuando a su vez necesitaba un pequeño servicio, un prestamillo, la bolsa de la señora de Escober era la Providencia de la magra inglesa. Fuera de las dos veces por semana que concurría a dar la lección a las chicas, no había día que no asomase su nariz en la casa del médico, con la disculpa de que «iba pasando...», o con el motivo de preguntar por la salud de los dueños de casa. Cierto es que ella sabía que cada atención de éstas le reportaba una buena taza de te, cuando no un poquillo de una mistela de la lejana provincia andina de donde era oriunda la familia.

No es extraño, entonces, que la señora Marby, después de saber que el casamiento iba a tener lugar, se instalara en casa de doña Leonor, toda bondad, para ayudarla en ese trajín de llevar y traer trastos, cambiar muebles, adornar, limpiar, etc.

El senador, que frecuentaba a diario la casa. de la que iba a ser su hija política en esos tres o cuatro días anteriores a la boda, no se encontraba muy cómodo con la presencia de esta intrusa de la inglesa. Y más de una vez chocó con ella por una fruslería.: «que estas flores están mal aquí; que

ese cuadro no dice allí». La inglesa oía al senador, pero no se daba por entendida. Otras veces ahogaba con un carraspeo la voz de don Juan Domingo.

Al senador se le subió más de una vez la mostaza a las narices, pero tuvo en cuenta que un incidente con una señora hubiera sido algo desdoroso para un parlamentario.

En cierta ocasión dijo don Juan Domingo a Escober:

—¿Quién es esa inglesa que se ha introducido aquí?

—Es la profesora de las chicas.

—¿Toma?...

—¿Por qué?...

—A veces la oígo canturrear sin ton ni son, cuando se mueve de un lado a otro: «ni locos, ni alcoholistas...»

Escober echó a reir y explicó al senador lo que era eso: una frase que solía decir a las chicas a guisa de broma, como diciéndoles que no debían casarse con locos ni con alcoholistas, y que parecía se le había pegado a Mrs. Marby, no obstante haber dicho ella alguna vez que su marido bebía...

—Sí; y ella también debe de beber... Lo que es a mí, me es muy antipática...

La boda se realizó en un grato ambiente de familia, siendo padrinos doña Leonor

y el senador. Muchas flores pusieron en la fiesta encanto y sencillez. Don Juan Domingo había dado parte del enlace de su hijo al Poder Ejecutivo, al Legislativo y al Judicial, y la mayor parte de esa gente cumplió con el senador enviando hermosos ramilletes a la novia.

Como estaba concertado que la pareja hiciera su viaje de bodas al Brasil, esa misma noche partió para Montevideo, donde tomó el vapor que la llevaría a la capital fluminense.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Antes del casamiento de Eugenia, Raúl Zibermann visitaba ya a Emilia. Este había conversado largamente con el padre de su novia. Escober hizo observaciones a su hija que creyó pertinentes: ella merecía algo más, un marido como ella misma había pensado, con quien hacer vida de ideas...

Emilia dió a su padre una razón, una sola: quería a Raúl.

Escober insistió:

—¿Crees tú que serás feliz con él? ¿Crees tú que está encuadrado en ese tipo de marido de que tanto hablamos con tu hermana y contigo?

—Papá, no lo sé...

—Bien, hija. Será lo que tú desees...

Escober palideció y se humedecieron sus ojos. Púsose de pie y abrazó a su hija. Esta prorrumpió en un sollozo, y no se desprendió de los brazos de su padre hasta que éste la sentó dulcemente en una silla.

La familia de Raúl estaba de parabienes con el noviazgo. Cuando don Diego (el padre de Raúl) supo la noticia por los suyos, quiso volar a casa de Escober para pedir la mano de la niña, tal era su satisfacción, tal la esperanza de que una nueva vida influiría en la conducta de Raúl, modificada en parte favorablemente.

El casamiento de Eugenia y el compromiso de Emilia determinaron en Escober algo así como un desencanto; se sintió abatido.

Las conversaciones de sobremesa sobre temas de la Facultad no tenían ya lugar. Habíale dado al médico por leer a Tolstoi, y veníale por veces deseo de alejamiento, de reposo.

Doña Leonor hizo al médico un día que le encontró pensativo esta sencilla reflexión:

—Pero, hombre, tú eres un filósofo y no lo pareces. Dices que hay que amoldarse a las cosas y no te amoldas. Dime: ¿y no has pensado en los nietos...?

—Es cierto; no pensé en los nietos...

# X

Llegaron los recién casados. Estaba resuelto que vivirían en lo de Escober. Un mono departamento les esperaba. El viaje fué lleno de encanto; sólo Andrés no lo pasó bien; se alimentó poco. En Río lo vió un médico y le dijo que tenía un embarazo gástrico; pero la inapetencia le había continuado. Eugenia dijo que por las noches lo sintió afiebrado, tanto a la ida como de regreso. Sin embargo, Andrés dijo que se encontraba bien, que solamente sentía un dolorcillo de cabeza tenaz.

La familia Vidart manifestó que Andrés había estado algo triste esos días antes del casamiento y que alguna vez despidió sangre de la nariz. Que le oyeron decir que quería casarse cuanto antes porque tenía el presentimiento de que iba a enfermar.

Escober examinó someramente a su yerno y notó en él fiebre alta. Se hizo llamar inmediatamente a un médico para que se hi-

ciera cargo del enfermo, el Dr. Soler, hombre joven, muy bien conceptuado. Este examinó al paciente con el mayor detenimiento, hizo algunas prescripciones, manifestando que nada podía decir respecto al diagnóstico hasta no observar la marcha de la dolencia unos dos o tres días. Que desde ese instante podía sí asegurar que la enfermedad duraría un tiempo y que requeriría cuidados especiales. Calmó a Eugenia que le acosó con preguntas, prometiéndole que el enfermo curaría.

Pasados unos tres días expresó el facultativo que lo que el enfermo tenía era una fiebre tifoidea. Desde ese instante se redoblaron las atenciones al paciente. Se llamó a un enfermero hábil y se emprendió la obra de una asistencia esmerada.

El diagnóstico de fiebre tifoidea llevó a las dos familias una zozobra explicable. ¿Quién no sabe que esta dolencia es siempre grave? Si ella no lleva a la muerte expone a su víctima a serias consecuencias. Desde el instante, pues, que en lo de Escober sonó la fatídica palabra que daba nombre a la dolencia, no se vivió.

El senador no perdió la oportunidad de mostrarse ignorante esta vez. No le pareció que el médico de cabecera estaba acertado

en el diagnóstico. El tenía un amigo, un colega de cámara, médico ochentón, ignorante y olvidadizo por añadidura, víctima de un reumatismo crónico que lo había transformado en un maltrecho dromedario. A este compañero rogó don Juan Domingo que viera a su hijo para que opinara sobre la clase de dolencia que le aquejaba. Se espió un momento propicio y los dos padres de la patria penetraron en la alcoba del enfermo. El dromedario se conformó con observar de lejos al paciente, que en ese momento dormía, y haciendo una seña a su compañero salieron de la pieza. Afuera dijo el médico al caudillo: Juan Domingo, para dar una opinión consciente sería conveniente esperar...

El golpe de ojo del médico-senador no hizo sino ahondar la desconfianza del caudillo. El médico de cabecera, por otra parte, notó cierta duda en la familia en cuanto a su diagnóstico; pidió una consulta con otro médico. Ella tuvo lugar y sirvió para confirmar el diagnóstico ya formulado.

A Eugenia y a Emilia se les presentó la oportunidad de ser enfermeras y lo fueron de verdad. Pusiéronse los blancos delantales y las tocas de rigor y se dieron a la tarea abnegada de cuidar al enfermo con

esmerado celo. Distribuyéronse el trabajo: una cuidaría al paciente de noche y la otra de día, secundadas por el enfermero; cada una presentaría al médico una relación escrita diariamente, en la que se haría constar todos los incidentes dignos de tenerse en cuenta, como temperatura, etc.

La primera quincena de la enfermedad pasó sin mayores contratiempos. Hubo las manifestaciones comunes a la dolencia y solamente alarmaba a la pobre enfermera que cuidaba de noche al paciente (Eugenia) un delirio que veníale al amanecer.

Al comenzar la segunda quincena se produjo una hemorragia intestinal que mucho debilitó al paciente y puso en cuidado a los que le rodeaban. Se pidió entonces al médico que siguiera asistiendo al enfermo con el concurso de otro facultativo.

La complicación de la hemorragia desapareció, y una calma tranquilizadora siguió al grave accidente. La temperatura se mantenía sin embargo alta.

Treinta días habían transcurrido, anhelosos, esperando momento por momento que la terrible enfermedad hiciera crisis, pero el mal no cedía. Al comenzar el segundo mes de la enfermedad una miocarditis inesperada ensombrece el pronóstico. El doctor

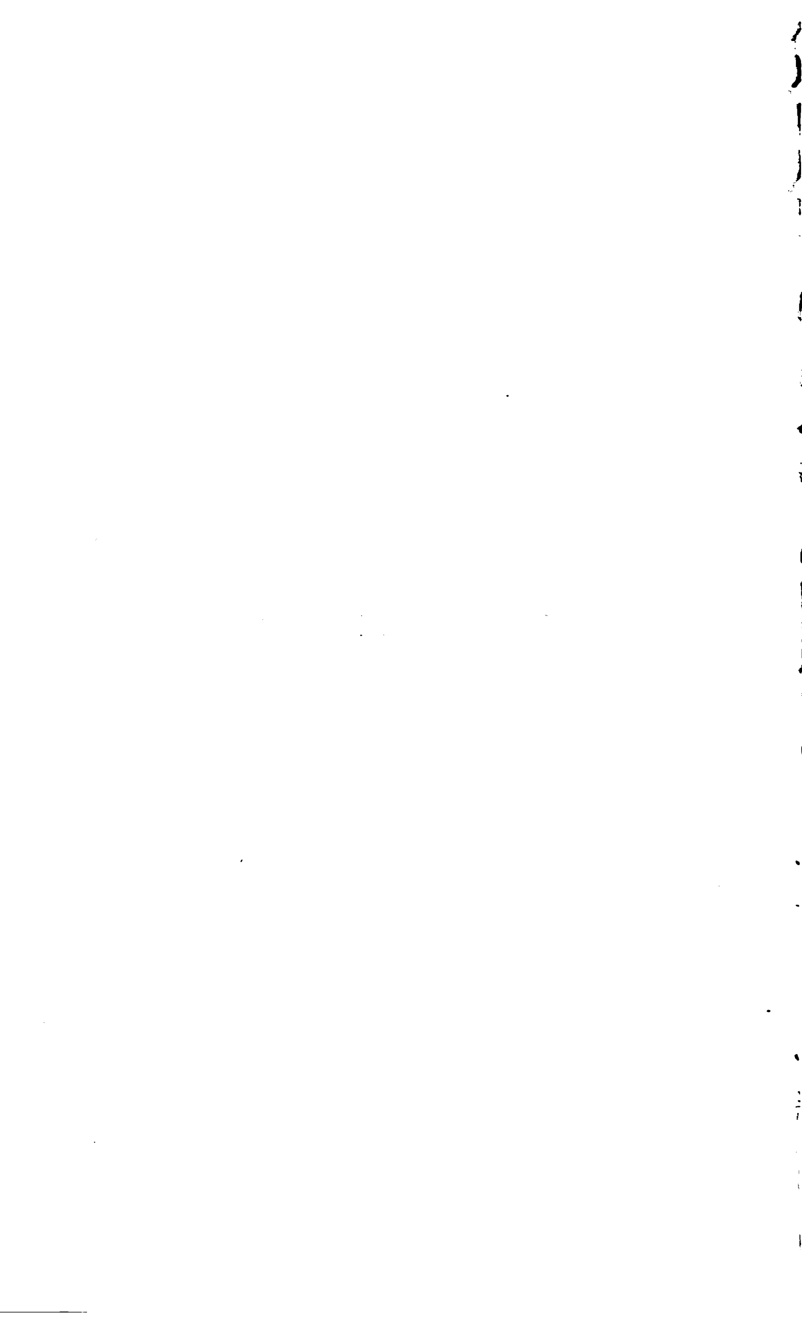
Escober logró arrancar a su hija al martirio de ser testigo de la muerte de su marido. El la reemplaza. Pero ella sabe que el enfermo se va. Lo lee en las caras de todos. Pide, exige, estar al lado de su marido en los últimos instantes de su vida. El hacía muchos días que había perdido el conocimiento. Su tez habíase tornado cobriza, sus labios tenían en sus bordes como carbón, su boca entreabierta mostraba unos dientes marrones y una lengua como tostada; en sus órbitas se veían dos ojos grandes, fijos, siempre abiertos, con sus escleróticas como de mármol y el pigmento del iris con un negro sin lustre. Sus miembros parecían dos cuerdas rígidas.

Era un amanecer de mayo. El enfermo se movía con dificultad. Estiraba una pierna, después otra. Levantaba las manos como buscando algo. Al través de los cristales se veía ya esa claridad azulada del alba. Eugenia se levantó, apagó la lamparilla eléctrica que alumbraba tímidamente la pieza, se arrodilló al lado del lecho y sollozando entregó su cabeza a aquellas manos sonámbulas; las manos apartaron la cabellera rubia que las envolvía: buscaban la Nada. Eugenia tomó las manos, las besó, las humedeció con sus lágrimas y las aprisionó

para darlas reposo. Un rayo de sol penetraba ya en la pieza del moribundo. Eugenia dejó en libertad las manos. Quedaron inmóviles. Su marido había muerto.



# SEGUNDA PARTE



I

El golpe recibido por la pobre Eugenia ocasionó en ella una honda congoja. Fueron necesarios muchos días para que encontrara el equilibrio de una relativa conformidad. Una obsesión de su dolor le substraía de todo contacto, aun con los suyos, y fué necesario la energía de su padre para traerla a la razón. Magda Treddy había roto esa consigna de aislamiento y había llegado hasta su pobre amiga con ese salvoconducto que tienen ante los que sufren los que ostentan un dolor pasado. Le habló como una universitaria a otra universitaria. Es decir, con esa evidencia de la vida que tanto consuela.

Mrs. Marby era, sin embargo, la compa-

ñía que Eugenia prefería, porque escuchaba o no escuchaba lo que aquella le decía; por que su presencia no le impedía entregarse al afecto herido, a esa como voluptuosidad del dolor, a ese como morfinismo de la pena. A las veces Eugenia decía a la inglesa que le llevara el perro, y el perro enorme entraba orgulloso en el aposento, como si se diera cuenta que había sido invitado. Se sentaba sobre sus remos traseros, y abriendo enormemente la boca, con la lengua afuera, jadeante, como si estuviera cansado, miraba a Eugenia con tristeza. Esta le miraba también, y en ese mirar distraído su alma descansaba.

Mrs. Marby no habló a Eugenia de la necesidad de una conformidad; fué más práctica: le llevó unos cuentos de Dickens y una comedia de Oscar Wilde que ella había leído y releído.

La lectura es un sedante maravilloso. Y Eugenia leyó los desperjeñados libros que le llevó la inglesa, encontrando en ello un alivio.

Un día dijo Magda a Eugenia:

—Voy a traerte La Divina Comedia, con ilustraciones de Gustavo Doré, de que ya te hablé en la Facultad en cierta ocasión. Yo sé que sabes el italiano, que puedes leer

un libro en este idioma. Recuerdo me dijiste una vez que leíste con tu padre parte de El Infierno. Lee eso mismo...

—No te felicito. No has estado oportuna. Y te disculpo; nunca que se quiere distraer en la desgracia se acierta.

—¿Por qué?...

—Pero, hija. Si estoy en el «infierno». Sácame siquiera al «purgatorio».

—Así me gusta, que vuelvas a tu espiritual conversación de antes. Me has vencido.

Aconteció en lo de Escober en esa ocasión lo que reza el adagio: que nunca los males vienen solos. Fué informado el médico por el administrador de sus propiedades en la lejana provincia, de que uno de sus predios había sido diezmado por el granizo, imposibilitando al arrendatario para poder cumplir con sus obligaciones ante el propietario.

Esto se agregaba a cierto malestar económico en la industriosa provincia, que venía perturbando la vida de sus habitantes desde años atrás y que había disminuído las entradas de Escober.

Suele pasar que cuando los infortunios se suceden originan en las almas que los sufren reacciones enérgicas. Algo así pasó en Eugenia. Sintió la necesidad de ser fuerte,

de vivir para sus padres, para sí. Dejó de leer libros de entretenimiento. Emprendió la lectura otra vez de sus viejos libros universitarios. Reanudaría su asistencia a la Facultad sin atenerse a ese ritual excesivo de luto y alejamiento, porque no debía perderse tanto tiempo; por lo demás, el culto de los muertos se observaba en la seriedad de la conducta.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Por lo que atañe a Emilia, a los pocos días de fallecido su cuñado tornó a continuar sus cursos en la Facultad. Iba sola, y no permitió la acompañara alguna vez su novio (lo que él le insinuara en distintas ocasiones), no por temer el decir de las gentes, sino por respetar ideas de su madre de acuerdo con rancias costumbres de provincia.

Ella había convenido con Raúl que tan luego pasara un mes del duelo de su familia iría don Diego a pedir su mano. Vencido el plazo, el padre de Raúl corrió a casa de Emilia a cumplir con la misión más grata que en su vida hubiera llenado. Veía, como ya dijimos, en este casamiento la regeneración de su hijo. Sabía que Emilia era una niña meritísima. La consideraba una de esas mujeres capaces de influir poderosa-

mente en el marido, en su moral, en sus hábitos, en su porvenir, y de ahí su satisfacción, su contento.

Escober recibió con su acostumbrada cortesía al padre de Raúl y le manifestó que era su deseo que el matrimonio se realizara lo más pronto posible.

Como don Diego le observara que acaso el reciente luto fuera un inconveniente, Escober le expresó que eso no obstaba, una vez que la ceremonia podía realizarse en privado.

## II

Un mes después de la entrevista de Zibermann con Escober, Emilia y Raúl contraían enlace en una ceremonia íntima a la que sólo concurrieron las familias de los contrayentes y algunos amigos íntimos.

Fué un acto de sentimientos encontrados en que el dolor de una desgracia reciente ponía velada tristeza en una fiesta que debía desbordar alegría ya que todo era augurio feliz para los nuevos esposos.

Zibermann hubiera deseado que el casamiento de su hijo tomara las proporciones de un gran acontecimiento social. Lo hubiera deseado porque veía en esa alianza el afianzamiento moral de Raúl, que todavía era una promesa. El esperaba que la mujer, el hogar, el primer hijo, fueran un imán poderoso que atrajera a ese muchacho a una definitiva seriedad de conducta. Y en el cuadro que él se trazaba, Emilia era la principal figura. El la había penetrado. El cono-

cía su talento. ¡Cómo no mostrarla, entonces, a todo el mundo con orgullo!

Los regalos que recibió Emilia de la familia Zibermann fueron magníficos, sin contar con un hermoso hotelito que su suegro adquirió en Belgrano para ofrecérselo como primera residencia de casada.

Cuando Raúl y Emilia regresaron a Buenos Aires del obligado viaje de novios se alojaron en la flamante residencia. Como aprisionada en una jaula de madera obscura, con sus vidrieras policromas, diríase una de esas moradas de climas fríos donde el hogar es más amable por ser más cerrado, más defendido de la intemperie y por ende más íntimo y poético.

Adentro era todo severa elegancia. Un hall con su gran chimenea; una sala o recimiento; el comedor. Arriba la alcoba, etc.

Inmediatamente de casado Raúl dióle su padre la absoluta administración de sus bienes sin traba alguna. Tenía confianza. Podía llamarse al descanso.

Pasados algunos días de reposo en la elegante residencia fué necesario entrar en lo prosaico de la vida. Raúl dirigíase todo los días, después de almorzar, en un automóvil, obsequio de su madre, al escritorio de la firma Diego Zibermann y Cía. Una vez que el

vehículo lo dejaba allí tornaba a casa para ponerse a la disposición de la señora. Emilia visitaba casi a diario a sus padres y a sus suegros. A la hora de la cena volvían a verse marido y mujer.

Los padres políticos de Emilia dieron fiestas en su honor, presentándola a sus relaciones. En esas reuniones la hija de Escober se destacó con relieves salientes por su gracia y talento. Los comentarios holgaban sobre cómo habría sido posible esa unión de dos seres de tan desigual cultura; y las mujeres, que suelen ser las más rápidas en concebir, aunque no las más acertadas, estaban contestes en que Emilia casó con Raúl por interés.

Ya que las carreras de caballos atraían poderosamente a Raúl, fué éste el entretenimiento o pasatiempo del novel matrimonio en los días de fiesta. Nada había que interesara tanto a Raúl como el hipódromo. Cuando estaba en sus ocupaciones de índole comercial, por serias que fueran ellas, siempre encontraba una coyuntura para pensar en las carreras. Emilia se había percatado de esta obsesión. Cuando Raúl la festejaba, en medio del íntimo coloquio invariablemente hablábale de caballos.

Emilia había concurrido de soltera al hi-

pódromo como se va a un acto social, para ver gente, para ver trajes, novedades... para hablar algo y malo (como decía su padre), y no la atrajeron apenas; pero fuera que su marido influyera en ella, fuera que frecuentando seguido el espectáculo descubriera en él atractivos que antes no sospechó, es el caso que el hipódromo comenzó a gustarle y hasta incurrió en la coquetería de jugarse de cuando en cuando algunos boletos.

Si Emilia se hizo notar ya casada en cuanta reunión o centro la trataron, fué allí, en esas reuniones típicamente mundanas del hipódromo donde su espíritu cultivado, su don de simpatía, su cuerpo grácil, su elegancia y el mirar hondo de sus grandes ojos despertaron curiosidad y fascinación.

Muy pronto se dió cuenta Emilia de que las carreras eran en su marido un vicio. Jugaba con desenfreno, y podía decirse que vivía para ese desenfreno.

Dos meses habían transcurrido en este prólogo de una vida de casados, cuando Raúl dijo a Emilia:

—He resuelto que nos vayamos a la ciudad...

—¿Cómo?...

—Sí; esto es lejos; me demanda mucho

tiempo para ir al escritorio y volver... Y sobre todo, a mí me va bien; gano... Nuestros negocios con el viejo van en auge. La guerra europea nos está haciendo ganar mucho dinero. Vamos, por muchos motivos, nosotros debemos vivir mejor... He encargado se me tome una buena casa cerca de Callao, o en Callao mismo.

—Y qué bien estamos aquí, Raúl...

—Es esto modesto, Emilia. Y, además, tendré en la ciudad la facilidad de estar a cada instante en contacto con hombres de negocios... Estaré cerca del Jockey... Mira, esta casita la dejaremos tal como está para venir alguna vez por humorada.

Así sucedió. De la noche a la mañana el matrimonio abandonó su vivienda de Belgrano para instalarse en una hermosa mansión alhajada suntuosamente. Muchos sirvientes, automóviles, etc., fué lo que substituyó a aquel nido donde Emilia no tuvo tiempo siquiera de sentirse feliz.

La resolución de su marido le pareció rara, y recordó por primera vez su vida de estudiante, sencilla, alada como la de un pájaro... Ella no estaba acostumbrada a ese boato, a ese lujo de una gran casa. Vivir así, le parecía atentar contra una vida modesta, noble, honrada, en la que había vivi-

do y se había educado. Le parecía que la moral, que la filosofía de su hogar estaban rotas. Pero este grito interior, este como hondo gemir que no llegó a los labios, quedó aplastado por un razonamiento frío sugerido por el destino que ella misma había abrazado.

## III

Escober se sentía satisfecho de su obra. Si sus hijas no casaron como él lo hubiera deseado, en cambio las preparó para las luchas de la vida. Tres años iban a cumplirse que estaba en Buenos Aires; su espíritu experimentó sacudidas, pero estaba fuerte... miraba aún por cima del muro como el caballo cuando parece oye algo lejano que sólo él percibe. Su mujer, su bonísima mujer, lo aventajaba en la vida, porque no oía ese algo lejano que podía ser un ideal; ella era más sencilla, más sabia sin sospecharlo. El hubiera querido casar a sus hijas de acuerdo con sus ideas, y ella pensó que sus hijas debían casarse según su propio sentir. Por eso lo que en él originó desazones en ella fué satisfacción. Mrs. Marby, que se interesaba mucho por la salud de sus protectores y amigos, solía decir que los casamientos pusieron delgado al médico y gruesa a su mujer.

Emilia no dejaba un solo día de ir a casa de sus padres; era para ella una devoción; no quería se debilitara ese vínculo que liga al calor paternal y que generalmente en la casada cede a nuevos afectos; ella tenía como un presentimiento. Es que no había encontrado todavía ideas, conversación elevada, lectura, comunión espiritual en su nuevo hogar. La llamaba esa glosa, esa crítica honda de su padre, ese contacto blando y elevado en el que ella levantaba su personalidad con la propia opinión o juicio. Sentía ya como el hartazgo matrimonial, al cual aspiró, deseó, ¿por qué no?, ¿no era acaso mujer? Pero no para vivir en esa sola materialidad.

Un día que Emilia, ya en su nueva casa de la ciudad, visitaba a sus padres, dijo a Eugenia:

—Te envidio tu vuelta a la Facultad...

—Pero tú puedes hacer lo mismo...

—No; no será posible. ¿Cómo podré ir a la Facultad, mujer de un hombre que dicen rico o hijo de rico?... Sería extraño. ¿Qué diría la familia de mi marido?; que he perdido el juicio... Parece que aquí el estudio, la vida intelectual está reservado a la clase media, no a los ricos... Es que por otra parte, la vida que proporciona el dinero,

Eugenia, es tan material, tan sensual, tan imperativa en sus exigencias, que sólo hay que vivir para ella. Y si tú te opones al torrente eres una fuerza contraria y sucumbes... Pienso como papá, que el mucho dinero hace daño.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero tú puedes estudiar sin que para ello sea necesario frecuentar la Facultad; bastaría substraerse algo a esas exigencias de la vida social a que tú te refieres.

—Sí; pero sin disciplina; una cultura libresca, sin la emoción de la palabra del profesor, que es una doble ilustración y un estímulo... En fin, Eugenia, no sé por qué siento la nostalgia del aula.

—Y, a propósito de esto, quiero que sepas algo que me ha herido y que se refiere a nuestros parientes los de Vidart. Esta gente ha dado en molestarme con insinuaciones malévolas atingentes a la enfermedad y muerte de Andrés.

—¿Qué dicen?

—Que acaso no fué bien asistido; que se debió llamar otros médicos; que se omitió poner en la invitación al entierro: «confortado con los auxilios de la santa religión y la bendición papal»; que la misa de cuerpo presente debió ser con más pompa, etc.

—¡Qué mojigatas!...

—Te imaginarás que no he hecho mayor caso de estas pequeñeces; pero como hay en ellas un fondo de maldad no han dejado de resentirme. ¡Qué culpa puedo tener yo de semejantes omisiones!... Y algo más: se han manifestado contrarias a que yo reanude mis estudios. Dicen que no debo ya pensar en universidades; que eso es para ciertas viudas ligeras; que debo vivir en casa, guardando la memoria de mi marido, etc., etc.

—¡Qué atrevimiento!...

—Protesté indignada. Y la relación se ha enfriado mucho.

—Lo único bueno de toda esa gente fué tu marido. Nada ha quedado en ella después de su muerte.

—¿No te refirió mamá algo gracioso referente a Mrs. Marby?

—No; se habrá olvidado. ¿De qué se trata?...

—Te contaré. Desde que a nuestra maestra se le murió el perro, no está bien. Imagínate que el otro día vino Mr. Marby a rogar a papá fuera a ver a su mujer que estaba enferma. Papá se excusó, dijo al buen señor que él no asistía. Pero como tanto insistiera Mr. Marby, papá

fué a ver a nuestra maestra. Cuál no sería su sorpresa al encontrarse con Mrs. Marby loca, completamente loca. Era caso de hospitalizarla en un manicomio. Así se lo expresó al marido nuestro padre, y desolado nos trajo la noticia de la desgracia.

Pero, admírate. ¡Todo fué una tremenda borrachera! De tal magnitud, que papá tomó el extraordinario lance por un ataque de enajenación mental.

Desde ese suceso Mrs. Marby viene poco por acá, y nos ha dicho que han resuelto con su marido irse a Inglaterra para prestar, como buenos ingleses, servicios en la guerra.

—Qué curioso!...

## IV

Tres meses habían transcurrido desde el casamiento de Emilia cuando se presentaron esas novedades que los parientes de la recién casada anhelan y que a guisa de broma cariñosa pronostican todos los días como para arrancar la confesión jubilosa que se espera con impaciencia. Grande alborozo hubo en casa de Emilia y en la de Raúl. Pero nadie igualó al padre de éste en alegría. En él fué el suceso como un ansia realizada. Su hijo nada ganó como seriedad, como conducta, hasta ese momento con el matrimonio. Jugaba, hacía una vida irregular; él lo sabía. Los negocios marchaban mal, y si no se había producido hasta entonces un descalabro era debido a las cuantiosas ganancias que a todos procuró la guerra. Pero él lo esperaba. Y debía arrostrarlo todo en consideración al nuevo estado de Raúl. Debía en obsequio de esa niña, que era la esposa de

su hijo y que él tanto estimaba, sufrir aunque fueran grandes pérdidas. Si el hogar, por otra parte, si la ejemplar compañera nada hicieron hasta entonces, quedaba el hijo; él llamaría al padre, siquiera por la lástima que inspiran sus primeros llantos, a un nuevo comportamiento.

De ahí que cuando él supo que su nuera estaba encinta experimentó inusitada alegría.

El embarazo de Emilia no fué normal en sus comienzos ni después, sino por el contrario alarmante en sus síntomas y complicado. Fué por eso que se vió obligada varias veces a hacer cama y acudir a cuidados médicos. Cuando hubieron pasado dos meses, el proceso grávido entró en un período de calma, quedando sólo en la paciente cierto fondo nervioso, por lo cual el médico aconsejó a Raúl la hiciera realizar un corto viaje por Córdoba o el Paraguay. Esta prescripción no pudo realizarse por haber manifestado el marido serle imposible dejar ni un momento sus ocupaciones en Buenos Aires.

La vida de Raúl seguía, no obstante, absorbida por el hipódromo, el Jockey Club y las obligaciones que le imponían los negocios de su padre. No le preocupó

ni poco ni mucho la circunstancia de que pronto sería padre. Y durante las muchas veces que su mujer tuvo su salud perturbada, apenas si alguna vez la alhagó con algún cuidado en su habitual y dura indiferencia.

Cuatro meses hacía que Emilia estaba encinta cuando se le presentó un accidente inesperado: una hemorragia. Ella lo había pasado muy bien todo el día. Sólo recordaba que al descender del automóvil resbaló del estribo y experimentó su cuerpo una fuerte sacudida. La indisposición se produjo mediada ya la noche. La paciente estaba sola. Los sirvientes llamaron por teléfono al Jockey Club, donde con seguridad debía estar el señor. Se contestó que estaba ahí, pero que no se le podía molestar. Se insistió en el llamado, pidiendo se le manifestara qué su señora estaba delicada. Igual respuesta: «que no se le podía incomodar».

Entretanto la enferma palidecía, sentía desvanecerse. Mientras unos atendían a la paciente, otros corrían en busca de un médico; se daba aviso a lo de Escober, a lo de Zibermann. Pronto llegaban todos en tropel. Fueron los primeros Escober y el padre de Raúl. Después las familias de és-

tos. El médico arrojó las cobijas, efectuó una operación manual rápida. El padre de la enferma practicó una inyección hipodérmica. Emilia se sentía mejor. Se encontraba rodeada de todos. Busca con la vista algo que todos adivinan... —¿Y Raúl?, pregunta don Diego, dirigiéndose a un sirviente. — Debe de estar en el Club, señor. —Pero, ¿no se le llamó? — Sí, señor, contestaron que no se le podía molestar. — Es claro, revienta doña Carmen (la madre de Raúl) si él no sabía que se lle llamaba, ¿cómo había de venir?... — Mamá, replica Cora (la hermana menor de Raúl), pudo haber advertido que se le hiciera saber cuando se le llamara de casa, dado lo delicada que viene estando Emilia. — ¡Calla, entrometida! ¡Qué sabes tú!...

—Es como dice Cora, remachó don Diego.

El accidente quedó conjurado. La enferma estaba fuera de peligro. Los parientes todos se retiraron, menos la madre de Emilia, que resolvió velar a su hija. Era ya el amanecer. Raúl no había aún regresado. Cuando volvió se disculpó. Dijo que nada supo de lo acontecido, que si se hubiera enterado del llamado habría acudido inmediatamente.

Algunos días después de este contratiempo Emilia abandonaba el lecho y entraba en su vida ordinaria. Empero, la indisposición que acababa de sufrir vino a empeorar su estado general ya trabajado por un embarazo penoso desde su comienzo y a determinar un estado anémico que exigía especiales atenciones.

En el tiempo que siguió hasta el alumbramiento no salió casi, entreteniéndose en leer y en algún quehacer doméstico. No le faltaban las visitas, con especialidad las de sus parientes, que las hacían casi a diario. Magda Treddy la veía un día sí y otro no, invariablemente. Magda representaba para Emilia la Facultad, el ambiente espiritual donde se conocieron; era, por otra parte, su amiga íntima.

—Cómo estoy de triste, díjole un día, cuando estaba próxima a salir de su cuidado. Con qué tristeza me acuerdo de mis tiempos de soltera, llena de ilusiones!... Pronto seré madre y no tendré más consuelo, más entretenimiento que mi hijo, es decir, el de cualquier mujer que pare... Y lloraba. Emilia sufría de una hipersensibilidad, hija de su mismo estado grávido. Magda veía al través de ese estado nervioso una pena, y sufría también.

—Todas las que están en tu trance, Emilia, se ponen tristes. A mí también me pasó. Ya cuando tengas tu chiquitín estarás contenta. El sólo te hará feliz. Verás que cuando acaricie tus cabellos con sus manecitas serás dichosa, no pensarás como ahora. El te abrirá un nuevo libro que todavía no conoces, un libro sagrado...

Los sirvientes suelen servir también para desahogar. Tenía Emilia una mucama, muchacha joven y bien parecida, que quería mucho a su señora y le era muy fiel, como que era de un rincón de Galicia. Un día, tres o cuatro antes del alumbramiento, Emilia dijo a la fámula: — Rosa, tú eres mi marido.

—¿Por qué, señora? — Porque eres la que más me cuida, la que te desvelas por mí.

Y echó a llorar. Rosa lloraba también. Y cuando el llanto la permitió articular, consoló a su señora: «El señor también la quiere a Ud.; es que los hombres son así... tienen sus ocupaciones».

# V

Emilia tuvo un parto feliz. Fué la compensación del prolongado malestar que le ocasionara el embarazo. Se sintió más contenta, más satisfecha, como si su propia existencia la hubiera compartido con el nuevo ser, como si a él hubiera dado parte de sus tristezas.

Tan pronto le permitió el médico abandonar el lecho, se entregó al cuidado de su hijo y fué él su gran entretenimiento, su gran consuelo en ese vacío que experimentaba su alma.

Emilia se dió cuenta a raíz misma de su unión que se había casado con un hombre frío, inculto, vicioso, y este crudo desengaño que en ella vivió sepultado, apenas si sus parientes lo vislumbraron en un aparente fondo de tristeza.

Ella concebía que un hombre agobiado por la carga de una larga familia, desorientado, buscara rumbos aun en el juego, que

lleva al hogar la zozobra y el descrédito; pero la llenaba de indignación cuando pensaba que ello podía suceder en un hombre fuerte, joven, recién casado, que debía comenzar la vida por el culto de ese mismo hogar. Su semblante se animaba cuando esto pensaba, y venía a sus pálidas mejillas un tinte de vergüenza.

Nada dijo a su marido en un año y medio de casada que pudiera significar un reproche. Ella esperaba una reacción que surgiera de él mismo; un mejoramiento por acción propia. Opinaba que hacer una reflexión a su marido era como un ruego, como una demanda de cariño y ésto le parecía indecoroso.

Pero una vez Raúl estuvo ausente de casa dos días y dos noches consecutivos sin siquiera tratar de disimular su falta con un fútil pretexto, como lo hiciera otras veces. Emilia reprochó indignada a su marido tal conducta. Este nada contestó.

Presentóse a Emilia desde ese instante un serio problema y se propuso resolverlo. Fué a casa de sus padres y refirió a éstos su vida de casada, la conducta irregular de su marido, su falta de consideración por ella. Que había permanecido muda esperando una posible reacción, pero que hasta

ese momento no se había producido. Que ni el ser padre había influído en Raúl favorablemente. Que ella había pensado mucho en su situación y que no le quedaba otro camino que separarse de un hombre a quien se había unido hacía sólo año y medio. Que lo había madurado.

Su madre lloraba. Su padre oía con la cabeza baja. Emilia estaba roja; diríase una heroína.

Escober y doña Leonor habían tenido el presentimiento de una desavenencia en el matrimonio de su hija. Los primeros tiempos de su unión les habían dado la evidencia de la falta de armonía espiritual en ellos: el uno apasionado, sensible; el otro frío, inculto hasta la grosería.... sin freno moral. No les produjo sorpresa la actitud de su hija. Doña Leonor le pidió calma. Le dijo que el matrimonio importaba muchas veces un sacrificio y que era preferible inmolar todo amor propio ante una separación. Que esperara; que fuera abnegada, que se lo pedía como madre. El padre nada dijo.

A la vez que esto pasaba en casa de los padres de Emilia, por una rara coincidencia don Diego comentaba en el seno de los suyos la vida irregular de Raúl. Veía un

abismo en el matrimonio de su hijo. Raúl padre era el mismo de antes, si no peor. Jugaba desaforadamente y esto le hacía desatender los intereses que el mismo padre le había confiado.

—Mis bienes están sufriendo considerablemente — decía don Diego. Y nada puedo hacer, porque los he confiado a la administración de mi hijo, mediante contrato en forma. Y ese convenio recién fenece dentro de un año. Para entonces acaso sea ya tarde... Veo, por otra parte, a esa muchacha viviendo sin la consideración, sin el respeto que su marido le debe; una niña llena de talento y virtudes...

—Pero con su geniecito; porque parece lo tiene..., arriesgó la madre de Raúl.

—No, mamá, le replicó una de sus hijas. Raúl es el único culpable...

Dos o tres días después de la entrevista de Emilia con sus padres, doña Leonor se dirigió al escritorio de su yerno y le pidió hablar con él a solas breves minutos.

—Hijo: extrañarás esta venida mía a este lugar. No he querido verte en tu casa porque tu mujer se hubiera enterado de lo que quiero decirte; y tampoco quise llamarte a casa para evitar que se enterara mi marido. Hijo, discúlpame. Soy madre. Soy también

tu madre... Emilia se lamenta de que tú no la quieres como ella te quiere a ti; que tú no eres afectuoso como es ella... Está muy triste; a nadie confió su pena sino a mí... Dice que los días enteros los pasa sola con su hijito, y a veces las noches... Que tú no conversas con ella; que no le cuentas nada; que parece te produjera fastidio; que llora mucho... Yo te pido, hijo, que hagas por que no esté triste; que trates de disiparle esas ideas de que tú no la quieres... Te lo pido por tu madre, que también es madre, por tu hijito...

—Señora: Yo quiero a Emilia como ella me quiere a mí... Son las cosas de todas las mujeres. Yo no puedo estar atado a mi casa todo el día; soy un hombre de negocios...

Doña Leonor enjugó sus lágrimas y se retiró. Había cumplido con un deber de madre.

## VI

La indignación de Emilia y el ruego de su madre no tuvieron eco en el alma de su marido. Por el contrario, eso lo exacerbó. Se sintió como invadido en su desmán y se abandonó con mayor indiferencia en sus placeres del circo de caballos y del tapete verde.

Emilia necesitaba dar expansión a su espíritu. Llamó a Magda, su amiga íntima, y le expresó:

—Magda, me voy a separar de mi marido. Aquello que yo veía y que no quería creer resultó cierto: Raúl es un ser sensual, sin alma, ignorante... Vivo deprimida, humillada... Ya he prevenido a mis padres. Mamá, tú la conoces, buena, sencilla, ha sufrido con la noticia. Papá nada ha manifestado; yo sé que me aprueba.

—¿Y lo has pensado bien?

—Sí; lo he meditado...

—¿Se lo has hecho ya presente a Raúl?

—No; pero él lo supone; se lo imagina... Mañana o pasado, en cualquier momento se lo manifestaré... Ya ves que hago papel de conspirador. Estoy bajo el techo de mi dueño obrando de palabra en contra de él. (Esto lo dijo Emilia sonriendo cálida y hermosamente).

—¡Haces bien!

—Me alegro que pienses como yo... Para qué hemos conversado tantas veces sobre el matrimonio...

—Y ¿cómo vas a iniciar tu separación?

—Yéndome a casa de mis padres. Y allá veré...

Magda y Emilia continuaron hablando sobre el grave asunto, quedando la primera en ver a su amiga en casa de sus padres o en la propia de Emilia si ésta volviera a llamarla.

No tomó a Magda de sorpresa la resolución de Emilia. Ella esperaba este desagradable desenlace, conocedora como era del talento y altivez de la hija de Escober. Magda sabía, por otra parte, la delicada situación de Raúl, sujeta a los vaivenes del vicio.

Una semana después de la conversación de las dos amigas, Emilia manifestaba a su marido:

—Nosotros nos hemos equivocado: ni tú puedes ser mi marido, ni yo tu mujer...

—¿Te parece?...

—No me parece; es así... Yo creo que ha llegado el caso de separarnos. Por lo menos, sería mi voluntad... Para qué dar razones que tú conoces demasiado... Lo he puesto ya en conocimiento de mis padres...

—Conocía el chisme...

—¡El chisme! ¿Y por quién lo conocías?

—Por tu misma madre...

—¡Pobre mamá! Qué error ha cometido... Habrá ido a pedirte que me quieras; que no me trates como a una mujer vulgar, que vive con otro hombre vulgar que la humilla con su conducta irregular y torpe, ¿no es así?... No lo ha hecho con mi consentimiento; ni con el de mi padre, un hombre lleno de dignidad; ni aún con el de mi hermana, otra mujer con decoro... Lo ha hecho por propia inspiración: una imprudencia de madre...

—Yo no me opongo a la separación que me propones. Al contrario, la acepto... Efectivamente, no me debí casar con una maestra, con una mujer tan sabida...

—¡Maestra!... No soy maestra... o sí, soy maestra. Tengo el título que me acredita como tal... Lo que podría decirse que

soy actualmente es alumna de la Facultad de Filosofía y Letras. Dejé de asistir a esa Facultad hace año y medio para casarme contigo. ¡Y cuánto lo siento..!

—¡Es claro! Ya serías doctora...

—Bien; no quiero continuar una conversación que ya es larga. Quiero pedirte un servicio, el último, el más grande: que me permitas abandonar esta casa hoy mismo con mi hijo.

— ...

—¿No me contestas?

—Sí; puedes hacerlo...

Este diálogo tenía lugar a las siete de la mañana, momento en que Raúl volvía a su casa después de una ausencia de veinticuatro horas.

Raúl se encerró en un aposento con objeto de descansar. Emilia se retiró a su alcoba, y cuando hubo transcurrido una hora llamó a Rosa:

—Prepárate, le ordenó, para que nos vayamos a casa con mi hijo, dentro de media hora.

—¿De paseo, señora?

—No; para siempre...

Rosa salió de la pieza. Al rato volvió:

—Y la ropa de Ud., señora, y la del niño, ¿toda la llevaremos?

—La ropa del niño toda; de la mía, dos trajes de calle y uno de visita.

—¿Nada más ordena Ud.?

—Nada más... Ya es hora de partir. Busca un coche.

—El de casa está a la puerta.

—No importa; anda por uno de plaza.

Pasan unos minutos. Rosa se dirige a la puerta de calle con el niño en los brazos. Emilia la sigue. Carlos, el chauffeur de la casa, adivina lo que pasa; al aproximarse Emilia abre la portezuela del automóvil y se descubre conmovido.

—¿Dónde está el coche que te ordené buscaras, Rosa?

—Señora, disculpe Ud.... Como estaba el suyo aquí...

—Haz rápidamente lo que te he mandado.

—Señora, articuló respectuosamente Carlos, ¿por qué no ocupa Ud. éste?

—No, Carlos, éste ha de necesitarlo el señor.

Emilia llega a su casa. Su madre está sobresaltada. Espera el rompimiento entre su hija y Raúl.

—¿Qué hay, hija?, le dice al verla.

—Nada mamá, nada... Cálmate... Sucedió lo que debía suceder. Ya estoy otra vez aquí.

—¡Pero, hija, de mi alma!...

—Mamá, yo no vengo a llorar... A mí se me agotaron las lágrimas con el embarazo. Quiero ver aquí satisfacción, alegría como siempre... ¿Y Eugenia?

—Fué a la Facultad.

—¿Y papá?

—Salió de paseo... ¿Pero tu marido ha consentido que tú abandones el hogar?

—Sí, mamá. Ha consentido. Vengo aquí de mutuo acuerdo.

—¿Pero qué dirá tu suegro, su familia, la gente...?

—La gente, mamá, no dirá nada... y si dice, que diga...

—¿Pero tu marido no reclamará ante la justicia de un abandono del hogar de tu parte?

—No; porque, repito, él lo ha consentido; y después, que no tendría derecho, porque en verdad, él lo abandonó primero.

—¿Y qué piensas hacer, ahora?

—¿Qué haré?... ¡Mamá, me admira que no conozcas a tu hija!... ¡Qué haré!... Trabajaré... estudiaré... Llegaré al divorcio para reintegrarme en todos mis derechos de mujer...

—Pero si aquí no hay ese divorcio a que tú te refieres...

—Lo buscaré donde lo haya...

Entra en ese instante Eugenia. Emilia se adelanta, la besa y le dice: «¡Otra vez aquí!». — Bien hecho, responde conmovida la hermana.

Llega Escober; todo lo adivina en los semblantes y abraza a su hija.

## VII

La situación económica de Raúl no podía ser peor. El juego, que le fué propicio un tiempo, le negó de pronto sus favores. Por eso el rompimiento con su mujer fué sólo un incidente que se agregaba a otro mayor, dada su especial psicología. Entraba a su casa y salía sin pensar en otra cosa que el juego.

Supo don Diego de dos protestos originados por deudas particulares de su hijo, y fué a la vez informado por un empleado superior del escritorio que Raúl no dedicaba todo el tiempo necesario a los asuntos de la casa. Esto alarmó al buen señor más de lo que ya lo estaba y quiso ver a su hijo, quiso conversar con él. Este iba muy poco a casa de sus padres. Don Diego lo buscó con insistencia, habiéndose enterado por la servidumbre de Raúl que éste iba muy poco a su domicilio y que la señora vivía hacía días en casa de sus padres.

Al fin don Diego dió con Raúl. Convinieron en verse en casa del primero al otro día. Nada quiso el padre tocar de los graves asuntos que lo preocupaban fuera de un ambiente completamente privado.

Al día siguiente se reunieron padre e hijo. El primero estaba visiblemente nervioso; el segundo aparentaba serenidad.

—¿Qué pasa, Raúl, en tu casa?, comenzó el padre. Supe por los sirvientes que Emilia se ha ido a vivir a casa de sus padres.

—Sí; efectivamente...

—¿Por qué?...

—Manifiesta no estar satisfecha...

—Es extraño nada nos hayas dicho...

—No quise anticiparme a enterar a Uds. de una cosa que al fin tendrían que saber.

—Lo adivino todo, Raúl. O mejor, todo lo vengo sabiendo desde hace ya tiempo. Has descuidado tu hogar, tu mujer...

—...

—... No la consideraste como ella lo merece; viviste absorbido por el juego... No te ofendas. Soy tu padre; tu mejor amigo... Has tratado a esa niña que el destino te deparó por compañera cruelmente... una criatura ejemplar por su talento y vir-

tudes... Además, tu situación económica es pésima, y digo esto porque conozco algunas de tus deudas que no has podido solventar; tu cuenta particular misma en la casa arroja una suma que rebasa en mucho el límite que establece nuestro contrato... Yo pensé que la reacción que comenzó a operarse en tí antes de casarte se afianzaría por la familia, la mujer, los hijos; pero todo fué inútil.

Raúl está arrellanado en un sillón de marroquín; fuma, nada dice.

—Y en fin, todo perjudica mi firma, nuestros negocios... ¿No piensas ver a Emilia?

—No; yo no iré por ella...

—¿Quieres que yo la vea; que trate de reconstruir tu hogar?...

—Tampoco... Pienso irme de aquí... Te entregaré los intereses que pusiste bajo mi dirección. Se hará un balance. Si te debo...

—¿Y adónde irás?

Raúl no contesta. Después de unos instantes:

—A Montevideo. Allí trabajaré con un amigo. Pondremos un garage, o dos...

—¡Un garage...!

—¿Y qué tiene un garage?, replica Raúl, alzando la voz. Otros comenzaron más modestamente...

En ese preciso instante penetra en la habitación la esposa de Zibermann y sus dos hijas. Todo lo saben. Se produce un silencio que sólo interrumpe un sollozo de la madre de Raúl.

Don Diego, dominando la emoción, dice a su hijo:

—Nos veremos mañana aquí, a las 14. Todo quedará satisfactoriamente arreglado.

.....................................

Zibermann durmió mal la noche que siguió a la entrevista con Raúl. No podía mirar con indiferencia la situación de su hijo. Pensó que al otro día cuando se vieran otra vez nada debía agregar como reproche a lo ya expresado; antes bien, sentía por su hijo lástima de padre. Resolvió aceptar cualquier temperamento que él le propusiera para llegar a la liquidación del contrato social, y poner a disposición de su hijo una suma como liberal indemnización.

Cuando al día siguiente Raúl concurrió a casa de su padre fué para aceptar agradecido una fórmula generosa de arreglo que éste se anticipara a ofrecerle.

Raúl encargó a Don Diego, finalmente, levantara la casa que había estado ocupando con Emilia y le enviara el importe del mobiliario a Montevideo previa subasta.

## VIII

Fueron en la familia de Zibermann motivo de una intensa pesadumbre los sucesos acaecidos en casa de Raúl. Sintió la depresión de las preocupaciones sociales. Qué dirían sus relaciones... El medio social en que actuaba se alimentaría durante mucho tiempo de los despojos de un hogar deshecho... Y echaría toda la culpa, como era natural, al marido. Y ellos, los padres, las hermanas, no tenían la culpa de lo sucedido... No tenían la culpa que Raúl fuera así; como no la tenía él mismo de haber nacido como era... Don Diego y los suyos nunca dieron que hablar; fué por el contrario la suya una familia respetable, y si Raúl fué disipado de soltero ello quedó como ahogado en ese medio semicorrompido de jóvenes elegantes cuya conducta poco lastima el apellido que llevan, si más bien no lo destacan con una calaverada ruidosa, que, ante gentes vulgares, parece aumenta-

ra el temple varonil de quienes la realizan.

En cambio, en lo de Escober las cosas se pasaban de otra manera. Allí no se dió al hecho una gran trascendencia, sino una importancia relativa. El mundo, el qué dirán, poco cuidado daba. Es que allí había un concepto más verdadero de las cosas de la vida, y por ende, más sereno. Sólo doña Leonor vivía en aquella casa torturada por viejos prejuicios; sólo ella veía en el trance de su hija un abismo.

Emilia volvía a respirar el aire de antes, fresco, de convivencia espiritual. Volvía madre, y su hijo era así como un contrapeso de experiencia y de dolor. Veía la vida como al través de un cristal de aumento. Continuaría sus cursos en la Facultad con más ahinco que nunca. Su hermana sería un fortísimo jalón en la reanudación de la tarea.

Escober experimentó una íntima satisfacción. Sus hijas volvían al hogar espiritual después de dura prueba, como si fueran el fruto experimental opimo, generoso, que colma tantos desvelos. La una pierde a su marido y se incorpora en la desgracia para emprender una nueva jornada cultural. La otra, alma más sensible y más altiva, se alza contra todo en defensa de sus derechos de mujer.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Don Diego quiso ver a Emilia; quería conversar con esa niña que él quería, que él hubiera deseado feliz al lado de su hijo... Debía, por otra parte, como padre de Raúl, tentar algo en beneficio de un hogar en ruina.

Emilia, que se había dado cuenta que debajo de la caparazón de un hombre de negocios había en su suegro un ser sensible, generoso, le guardó siempre respeto y estima.

—No, señor, dijo a don Diego, al ruego de éste que accediera a volver a unirse con Raúl, si él, el propio padre, traía a su hijo a la promesa de una nueva vida. Nosotros no hemos nacido el uno para el otro. Si antes no hemos podido vivir juntos, menos podríamos vivir ahora... Yo me lancé en una aventura que estoy purgando. No quise esperar a conocer bien a Raúl; le amé y el amor me llevó a la desgracia. Mi padre suele decir que los que han de casarse menester es que se conozcan; que la pasión debe ceder algo al criterio, ya que el matrimonio ha de ser durable y de él emergen tantas responsabilidades. Yo no esperé...

Don Diego rogó a Emilia que le permitiera verla siempre; que él quería ser todavía como un eslabón entre ella y su hijo.

Le expresó, en fin, que había resuelto poner a su disposición una suma de la cual podía hacer uso mensualmente para sus necesidades.

Emilia respondió a esto rechazando de inmediato el ofrecimiento, agregando que sus padres tenían de qué vivir y que ella era su hija; que, por otra parte, podía ganarse la vida para sí y para su hijo, si el caso llegare. Expresó a don Diego que le sería muy agradable la visitara, ya que su relación constituiría para ella un apoyo moral.

## IX

Magda Treddy vivía preocupada desde el grave incidente ocurrido en el matrimonio de su amiga. Parecíale que ella tenía la culpa de la desgracia de Emilia; que ella había contribuído, por lo menos, a la desdicha de un ser que tanto quería. Sin embargo, al reprocharse su actitud cuando Emilia le pidiera su opinión sobre Raúl en Mar del Plata, su propia razón la inhibía de toda responsabilidad, ya que fué sincera y no le fué posible prever lo que más tarde pudo sobrevenir.

Pero este raciocinio no la satisfacía, no le dejaba libre su conciencia de cierto remordimiento. Ella dijo alguna vez a su marido: «Si yo hubiera desanimado a Emilia no se habría casado con Raúl... Yo veía, sin embargo, que lo quería, no obstante descubrir en él un hondo vacío espiritual».

En este afán de inculparse, pasó por la mente de Magda si no sería posible un ca-

samiento de Emilia con Guillermo Prebble, el socio de su marido. Ella conocía a la hija de Escober, conocía sus ideas, su temple. Emilia no se uniría más a Raúl, y sí lo haría a otro hombre que fuera digno de ella.

Prebble no era, sin duda, un intelectual, pero era un hombre educado, elegante y bien parecido. Magda sabía que Prebble agradaría a Emilia, y, en cuanto al socio de su marido no le cabía duda alguna que gustaba de su amiga.

En lo de Treddy se habló mucho de Emilia con motivo de su separación de Raúl. Y Prebble, que frecuentaba la casa de su socio y que conocía a la inteligente hija de Escober, alternó con interés en el comentario casi diario suscitado por la actitud de ésta.

—La emoción que Prebble experimenta al hablar de Emilia, esa admiración, revelan en su alma algo como una pasión que nace, expresaba Magda a su marido.

—Yo creo que Guillermo no tiene ni tuvo pasión por nadie...

—Eso no importa. Es que yo percibo en él algo que nunca le noté. Cuando habla de Emilia lo hace con un respeto, con una dulzura extraña...

—Puede ser. Aunque Guillermo no es ya muy tierno para pasiones...

—Las pasiones, Enrique, como algunos pájaros, suelen buscar un tronco añoso para hacer su nido. Y Prebble no es tampoco un viejo, es un hombre de cuarenta y cinco años...

—¿Y sería Guillermo un candidato para Emilia? ¿Le interesaría? ¿Ella que es tan espiritual?...

—Sí; Emilia tiene de Prebble un excelente concepto. Con ella hemos cambiado impresiones respecto a tu socio y ha estado de acuerdo en que, por sus condiciones todas, es un buen partido.

—Pero eso ha podido ser un juicio en sentido general, sin que ello signifique que Emilia aceptaría a Guillermo como novio.

—En lo que las mujeres decimos, Enrique, sólo las mujeres leemos entre líneas...

Efectivamente. Guillermo Prebble no había tenido ninguna pasión hasta los cuarenta y cinco años. Era un inglés perfecto. El creía que el casamiento debía venir así como al acaso; que no debía buscarse; y así fué viviendo: montando todas las mañanas un hermoso animal de raza; atendido después en su esmerada toilette por su sirviente Tubb, enviado desde Inglaterra por Mrs. Prebble para cuidar de su hijo, con ese estiramiento grave y noble de la servidumbre

inglesa; almorzando en los mejores restauranes; haciendo excursiones en su yate cuando sentía aburrimiento; yéndose a Córdoba, a Chile, al Brasil, a Europa... Elegante, flexible, gentil, fácil, fumador de aromáticos cigarros, Guillermo Prebble interesaba, era simpático.

Pertenecía Prebble a una vieja familia inglesa. Vino al país cuando sólo contaba veinte años, por pedido de un tío, John J. Prebble, fuerte hacendado de la provincia de Buenos Aires. Era la idea de éste hacer del sobrino un estanciero y acaso un heredero. Pero Guillermo encontró triste el campo y apenas si pasó en él un año. A pedido del sobrino, el tío lo recomendó a una casa de Buenos Aires que se ocupaba de la venta de máquinas agrícolas traídas del extranjero. Allí el joven Guillermo encontró ambiente propicio a sus inclinaciones. Pronto fué un empleado principal de la casa, y dos años más tarde era socio de ella, gracias al aporte de un capital en libras esterlinas que le fuera enviado por su familia.

Allí cayó un día Enrique Treddy como dependiente, y haciendo el mismo camino de labor y contracción que Prebble, llegó a ser socio de éste.

En la sazón de los hechos que relatamos,

tanto Prebble como Treddy tenían igual capital en el negocio; pero el primero era poseedor de mayor fortuna, pues era dueño de bienes que nada tenían que ver con la firma Prebble y Treddy.

Prebble sabía que todos los domingos debía comer en casa de su socio. Esta fué una regla establecida desde el día mismo en que Enrique Treddy contrajo enlace. Y nunca faltó en la ocasión el exquisito obsequio, que Tubb se encargaba de presentar a la dueña de casa, consistente en un gran ramo de las más raras flores de la estación.

A veces Tubb decía a su patrón:

—Señor, no se encuentran las flores que Ud. desea...

—Mándalas buscar a Londres, gruñía el inglés.

Y las flores las sacaba Tubb de debajo de tierra.

## X

Hubiérase dicho que la familia de Escober había sufrido ya mucho para soportar nuevos golpes. Pero la suerte es ciega, suele cebarse con sus víctimas. Doña Leonor dió en quejarse de cierta opresión. Ella decía que debía estar enferma del corazón. Escober la examinó con detenimiento y nada extraordinario notó. La hizo examinar por el médico que acostumbraba asistir a la familia y nada encontró tampoco que pudiera caracterizar una enfermedad cardíaca.

—No es el estómago, como Uds. suponen, argüía a los facultativos; es aquí, y se ponía la mano sobre el corazón.

Esta preocupación de doña Leonor dió mala espina a su marido. Bien sabía éste que en medicina, y en punto a enfermedades del corazón, sobre todo, mucho vale lo que el paciente dice sentir e interpretar. ¡Vió en su práctica morir tantos cardíacos en quienes la ciencia nada encontró a pesar de

lo que ellos afirmaron en vida! Así sucedió en su propia casa. Un día tuvo doña Leonor un síncope del cual salió con vida gracias a los oportunos cuidados que le prodigaron. Esto impresionó mucho a su familia. A Emilia sobre todo, que desde que tuvo la grave incidencia con su marido le parecía que su madre había desmejorado.

La seria indisposición de la esposa de Escober determinó a sus médicos a ponerla en un estricto tratamiento. Pero con todo, quince días después del mencionado accidente doña Leonor caía repentinamente herida de muerte: otro síncope, del cual no volvió a la vida.

El grave suceso acaeció como a las diez. La pobre señora se había levantado ese día mejor que nunca, según sus propias palabras. Movíase afanosamente en la planta baja de la casa, en ese trajín doméstico que parece produce entretenimiento y encanto en las mujeres hacendosas. Su cuerpo cayó pesadamente en el pavimento. Al ruído acudió una sirvienta, después otra... Escober había salido a dar una vuelta. Eugenia andaba de compras. Emilia estaba en la Facultad. Se puso a la señora en un sofá. Corrió una de las criadas en busca del señor, la otra en procura de un médico. Llegó éste, puso en práctica cuanto medio des-

esperado le fué posible, pero todo fué inútil. Llegó Escober y se abrazó del cuerpo de su mujer. Llegó Eugenia. Y como el teléfono había prestado también su ayuda, llegaron amigos y no amigos, como sucede en esos casos. Magda Treddy fué de las primeras en acudir. Hízose cargo de Eugenia. El médico llamado en los primeros momentos trató de consolar al viejo colega dueño de casa. Entra precipitadamente Emilia, a quien se había mandado buscar desde los primeros instantes, y estalla en un arranque de intenso dolor.

—¡Mamá!..., grita, cuando adivina en los rostros lo que pasa. ¡Mamá!..., y se echa sobre los despojos de la que le dió el ser... Será posible!... Será posible que yo te haya ocasionado la muerte!... Yo, tu hija predilecta; la que decías se parecía más a papá... Perdóname, mamita!... Perdóname!...

Levanta la cabeza y ve a Rosa con el niño en los brazos.

—¡Rosa!, ven...

Toma la criatura y le dice:

—Hijito, pida perdón a su abuelita, que también Ud. tiene la culpa...

El niño se asusta y rompe a llorar. Pero su madre toma la cabecita de la criatura y

la aproxima al rostro pálido, ya frío de la muerta.

Magda abandona a Eugenia, y arranca a Emilia de su desesperación, diciéndola:

—¡Emilia! Pero Emilia... ¿Dónde está tu talento, tu valor...?

A estas palabras de su amiga, Emilia se recobra y se deja conducir a sus habitaciones.

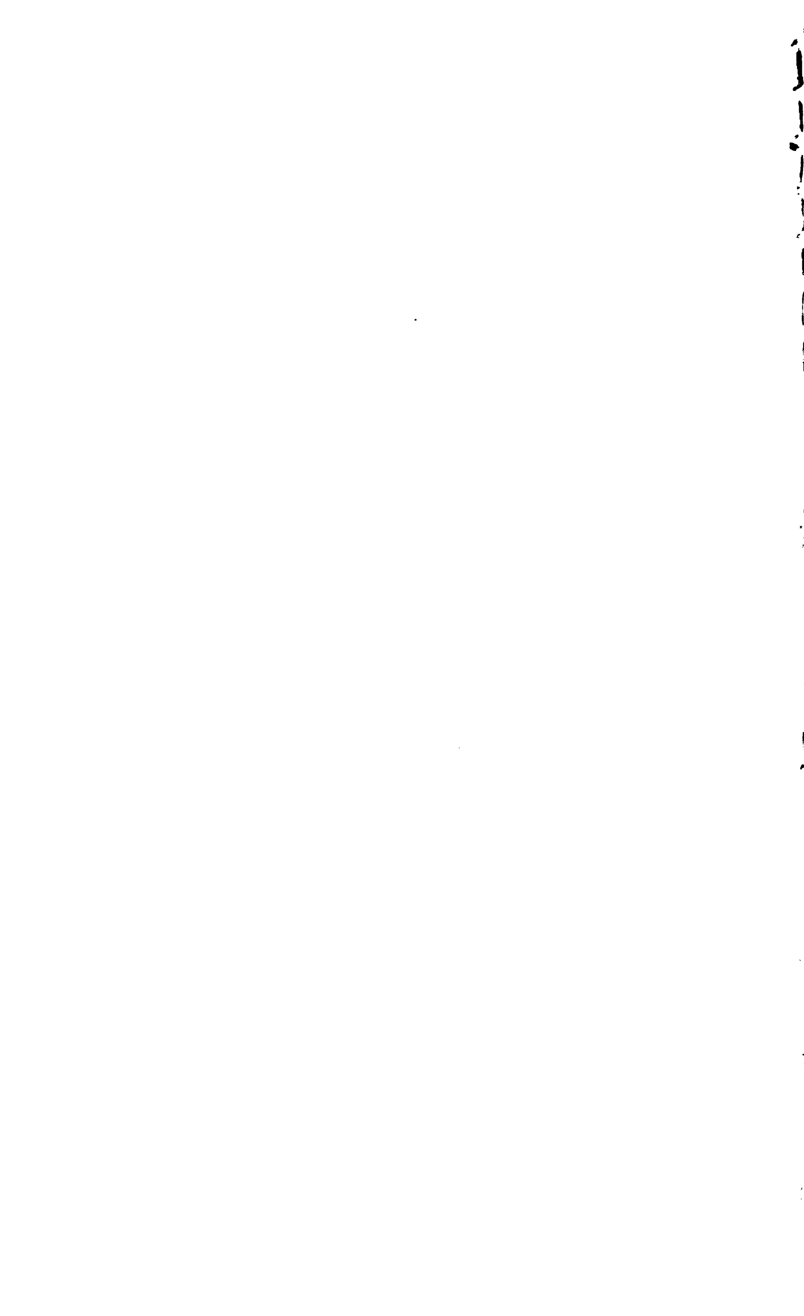
.......................................

Para Escober la muerte de su mujer fué así como un desplome. Sintió un gran apocamiento. Es el efecto de los grandes reveses en la edad madura. Era, por otra parte, el médico hombre de un acentuado temperamento nervioso, y estas naturalezas, que viven como en un estado tensivo, suelen sentir hondos aflojamientos por causas que en otras conmueven sin destrozar. Sintió Escober así como si un abismo se hubiera abierto a sus pies. Y vínole aquella nostalgia tardía que es síntoma de cansancio, de agotamiento... Volvió a pensar, como alguna vez, en el lejano terruño, que es como la tumba generosa, tibia, dulce, en los grandes repliegues del alma. Quién no desea descansar en el rincón donde nació... Ya no tendría Escober esa fuerza contraria, pero blanda, que le estimulara. Ya no habría al lado de sus

ideas fuertes o raras esa sombra de la bondad bienhechora. No habría ya en su casa sino conceptos, valores espirituales, sin un arrullo de humildad... Sintió el grito de la urraca en las siestas silenciosas de su provincia serrana clamando alimento para sus polluelos desnudos allá en lo alto de un viejo olivo o un nogal con su grueso tronco plateado; vió las viñas esmaltando tímidamente los cerros; los pedregales tachonados de jarilla; el sol ardiente dorando la mies; el rocío abrillantando los alfalfares; el arroyo cristalino; la cordillera solitaria; el eterno cobalto del cielo; las águilas... las noches claras, perfumadas, y sintió como una atracción mística.

En cuanto a Emilia, uno de sus anhelos estaba destruído: no podría mostrar a su madre chapada a la antigua su triunfo final; no podría vindicarse ante ella. El camino, la ruta a seguir la contempló no con cariño sino con rabia. Su matrimonio fracasado le costaba ahora algo más que un cruel desengaño: le costaba una gota de acíbar que llevó su madre a la tumba.

—¡Me casaré otra vez!, prorrumpió, roja.





# TERCERA PARTE

# I

Muerta la madre de Emilia, ésta frecuentó más que nunca la casa de Magda. Ansiamos cuando sufrimos una desgracia, el vernos con personas que nos son afectas: son un lenitivo, son como un descanso del espíritu enfermo. La muerte de su madre fué para Emilia suceso más hondo que el grave lance producido en su matrimonio: para éste se bastó; para el primero necesitó apoyo, consuelo, blandura. Y nadie como Magda, que coincidía con ella en tantos puntos para ser su compañera de dolor. Fué así que en los días que sucedieron al deceso de doña Leonor casi siempre estuvieron juntas las dos amigas.

Emilia dió así, sin querer, a Prebble la oportunidad de que la viera a menudo en

casa de Magda y se acentuara en él ese afecto que tan dulcemente subliman en nosotros las mujeres que amamos cuando sufren. Prebble educado, suave, frío, tranquilo, miraba a Emilia como con adoración, y pudiera decirse que la enamoró tímidamente, mirándola y sonriendo, porque el amor suele también ser mudo y subyuga sin armas. Al fin habló un día Prebble, pero Emilia ya le había comprendido. Ella le hizo presente su situación. El repuso que todo podía obviarse con buena voluntad.

Emilia conversó largamente con Magda de este asunto. Pero no hablaron para cambiar ideas sobre un candidato, como en otra ocasión, hablaron para aunar esfuerzos, para realizar un propósito.

—¿Cómo afrontarás la cuestión de tu divorcio?, habló Magda.

—No lo he pensado aún...

—Hemos conversado con Enrique que la mejor manera de llegar a él sería intentarlo por mutuo consentimiento.

—¿Y sería eso posible por parte de Raúl?...

—Enrique cree que sí. Sabe cómo vive tu marido en Montevideo y de ahí su convencimiento de que asentiría gustoso al divorcio. Hasta hemos conversado que él mis-

mo podría encargarse de explorar a Raúl, haciendo exprofeso un viaje a Montevideo.

—Hablaré con papá...

Emilia conversó con su padre. Lo que le manifestó no tomó de sorpresa a Escober. El sabía que su hija iría al divorcio, más tarde o más temprano, y que contraería nueva unión cuando el tiempo y las cosas así lo permitieran.

Emilia manifestó también a su padre su resolución de casarse con Prebble una vez obtenido el divorcio.

—¿Y tu hijo?, le lanzó el padre, por vía de exploración.

—¿Mi hijo?... Mi hijo tendrá otro padre, y si no lo tuviera tendrá su madre, moduló con rapidez la encantadora mujer, así como la pequeña leona enjaulada se lanza toda entera en una cabriola...

Escober aprobó todo cuanto le dijo su hija, y estuvo también de acuerdo en que el mejor camino de afrontar el asunto era el propuesto por los esposos Treddy.

Emilia corrió a noticiar a Magda del absoluto consentimiento de su padre. Se sentía contenta, feliz. Y dijo a Prebble: Voy a dar los pasos para divorciarme. Acepto el cariño que usted me brinda; lo acepto con ese temor de la mujer que se va a separar de un marido y va a unirse a otro...

Usted, Prebble, ¿lo ha meditado?... ¿No seré yo una de esas mujeres que «saben demasiado» y que por eso mismo pueden ser un inconveniente en el matrimonio? ¿No habré perdido en la Facultad, con el estudio, eso que hace de la mujer una gatita tímida, adorable?... No soy porteña, nací en provincia... Me pareció por veces tropezar en mi alma con una piedra. ¿No teme usted enamorarse de un mármol?... Hija de un médico entre ateo y creyente y de una madre cristiana, he nacido mezcla de humildad y de orgullo... Si no fuí buena mujer para un marido, ¿no le parece a usted que puedo ser mala para otro?...

Prebble oyó estas palabras dictadas por un espíritu superior y sintió como si un terciopelo rozara suavemente su alma.

—Y no crea usted, continuó Emilia, que voy a divorciarme porque he de casarme con usted, no. Llegar al divorcio fué en mí una resolución inquebrantable, y no hubiera sido necesario el estímulo de un novio para realizar mi propósito. Sólo esperaba que transcurriera más tiempo entre el incidente con mi marido y mi presentación a los tribunales.

—Yo creo, Emilia, arguyó Prebble, que es precisamente su altivez, su acendrada dignidad lo que me ha atraído en usted...

Viví hasta ahora sin que jamás se cruzara por mi mente la idea de casarme. He permanecido hasta ahora solo, con algunos libros, mis negocios, mis viajes y el recuerdo de mi madre, que vive en Londres. Pero su vida de usted, que he tenido que conocer por amigos que nos son comunes, ha despertado en mí tal simpatía, tal amor, que he pensado por primera vez en el matrimonio. Y cada vez que he meditado en las dificultades que pueden oponerse a nuestra unión he sentido más robusta en mí la fuerza de una esperanza.

Emilia respondió con coquetería:

—¿Y usted no teme que nos divorciemos?

El inglés, desconcertado, masculló:

—... No; porque ya sé que hay que tener cuidado...

## II

¿Qué era de Raúl Zibermann?

Llegado a Montevideo puso en obra su proyecto en unión de René Gorch. Fueron los propietarios de un bien instalado garage que dióles resultado halagüeño desde el día mismo de su inauguración. El negocio era tentador y pensaron los socios en ser los Stinnes de esta clase de explotación. Compraron tres o cuatro garages más y se dieron por entero al lucrativo negocio. Pero no tardó en venir el juego, desarrollándose él en un medio de turfistas poco escrupulosos o frecuentadores de garitos clandestinos.

Raúl no se comunicó con su familia desde que abandonó a Buenos Aires; pero su madre le escribía siempre y le enviaba remesas de dinero. Su hijo y Emilia parecían no existir para él. A ello es posible que concurriera la circunstancia de vivir maritalmente con una mujer que le siguió desde esta ciudad,

Melania Pellet, que ejercía en él un gran dominio. Raúl conoció a Melania antes de su rompimiento con Emilia, y no está bien averiguado si antes de esa ruptura tuvo comercio con ella; pero es el caso que tan luego se ausentó Raúl de Buenos Aires la mujer le siguió, vendiendo una importante casa de modas que poseía, sita en calle Arenales.

Era Melania una monísima mujer, francesa, viuda de un arquitecto fallecido a poco de llegar a la Argentina. Los bienes que le dejó su marido no fueron suficientes a depararle una vida relativamente holgada, y fué entonces que compró el comercio que tan lucrativos beneficios le produjo.

Enrique Treddy conocía las relaciones amorosas de Raúl con Melania. Sabía que ésta quería entrañablemente a su amante y que no era una mujer vulgar, sino por el contrario un espíritu sagaz, que debía en todos los instantes trabajar el ánimo de su querido para obtener el divorcio con Emilia en su propio beneficio. De ahí surgió la idea de los Treddy de afrontar la gestión del divorcio en la forma que lo insinuaron a Emilia.

Llegado a Motevideo Enrique se puso inmediatamente al habla con Raúl, y des-

pués de recordarle los vínculos amistosos que unían a Emilia y a Magda le expresó el objeto de su viaje. Raúl oyó y repuso:

—Nada he pensado a ese respecto... He permanecido como sordo a todo aquello de Buenos Aires. Mi respuesta sería por ahora que nada resuelvo.

Enrique hizo presente a Raúl que Emilia estaba dispuesta a llegar al divorcio por cualquier medio.

Cuando hubo pronunciado estas palabras Enrique, Raúl lo miró fijamente y le dijo:

—No reconozco a nadie el derecho de inmiscuirse en mis asuntos privados. Que Emilia haga lo que quiera...

—Ya me esperaba, Raúl, algún disgusto en este papel oficioso que vengo desempeñando; pero hay otro motivo que el pedido de Emilia en este asunto, y es el propósito que un íntimo amigo, mi socio, tiene de contraer enlace con Emilia tan luego ella obtenga su divorcio y a cuyos deseos Emilia corresponde. Asumiría, pues, dos encargos, que usted, Raúl, generosa, noblemente, debiera acoger caballerescamente.

—¿Podríamos conversar mañana?

—Sí, puedo esperar, manifestó Enrique. Piénselo usted bien.

Al otro día Raúl hablaba por teléfono a

Enrique y le invitaba a conversar nuevamente.

En esa entrevista concluyó por autorizar a su amigo para llevar a cabo la gestión del divorcio y aceptó el procedimiento escogitado por él. Quedó también convenido que Enrique se haría asesorar por un buen abogado para la mejor dirección del asunto.

Efectivamente, Melania tenía la promesa de su amante de que si alguna vez se separara judicialmente de su mujer se casaría con ella. Fué por eso que Raúl recibió mal al principio la actitud de Emilia, pues que realizado el divorcio no le quedaba otro camino que casarse con su concubina, lo cual, malgrado su palabra empeñada, hubiera deseado considerar todavía remoto.

Pero Raúl meditó. Vió que negarse a afrontar la disolución de su matrimonio hubiera sido exponerse a ser tildado de desleal por la mujer con quien vivía: aceptó, entonces, el divorcio como una imposición de las cosas.

## III

Enrique llegó a Buenos Aires con grandes noticias. Todo estaba arreglado. Magda corrió a casa de Emilia y la notició del feliz éxito de la diligencia.

El letrado consultado por Enrique en Montevideo habíale manifestado que el proceso del divorcio por mutuo consentimiento duraría a lo más un año.

Esto pareció largo a Prebble, que imaginaba que un divorcio en el Uruguay era cuestión de horas. Emilia dió con este motivo bromas a su prometido, hasta hacerle concebir dudas respecto de la buena fe de Raúl en el asunto que iba a iniciarse, lo que hizo exclamar a Prebble, con graciosa ingenuidad inglesa: "Yo daría a Raúl todo cuanto tengo con tal que esta vez hiciera honor a su palabra empeñada". En otros momentos Emilia pretendía hacer creer a Prebble que el anhelado matrimonio se rea-

lizaría en una fecha muy próxima. Y así se burlaba con graciosa coquetería de quien ya mucho la amaba.

Conversó Emilia con su padre, y después de darle la nueva de que su separación se realizaría como lo había pensado Treddy, y en el término de un año, refirióle lo que ella hasta ese momento había ignorado: que Raúl hacía vida marital con una mujer que conoció en Buenos Aires.

El abogado había instruído sobre el desarrollo del juicio. Raúl y Emilia concurrirían a una audiencia. En ella manifestarían su deseo de divorciarse. El juez haría levantar un acta en la que se haría constar ese deseo, acta que sería firmada por los interesados y el magistrado. Se fijaría en ella un plazo de seis meses para otra audiencia, en la cual deberían los esposos manifestar que insistían en su propósito. Si así resultara, se fijaría otro plazo de seis meses, fenecido el cual el juez pronunciaría sentencia de divorcio si todavía insistieran los esposos en separarse.

Emilia convino con su padre que mientras una circunstancia especial no lo exigiera, asistiría a los diversos actos del juicio solamente acompañada por la familia Treddy.

Enrique escribió al abogado director de la gestión y a Raúl anunciándoles el día en que llegarían con Emilia a Montevideo.

En la fecha prefijada, puntualmente desembarcaban los Treddy y Emilia en la vecina ciudad, tomando hospedaje en uno de sus hoteles más confortables. Enrique púsose inmediatamente al habla con el abogado y con Raúl. El letrado dió los pasos necesarios sin pérdida de momento, pudiendo, no obstante, tener lugar recién a los ocho días de llegar los viajeros el acto judicial de la primera audiencia.

Antes de la hora establecida por el juez, estuvieron en la sala de espera Emilia y sus amigos. Iba el reloj a marcar las 16, hora fijada para la audiencia, y Raúl no había llegado. Magda temblaba. Emilia quería disimular un estado nervioso que la traicionaba: se ponía de pie, tornaba a sentarse, daba paseos en la pieza... Enrique Treddy era el único tranquilo.

A las 16 en punto suena el portazo de un automóvil; el corazón de Emilia late con fuerza; no la engaña, es Raúl que llega. Entra precipitadamente, da a Enrique un fuerte apretón de mano, hace una inclinación reverente a Magda, como comprendiendo en ella a Emilia. Esta permanece rígida.

El aspecto de Raúl impresiona; no es el hombre de antes; ha envejecido mucho en un año; se notan canas en su cabeza; está delgado: esa magrura que imprime el vicio en los hombres jóvenes y que les hace flexibles y elegantes.

El ujier se presentó en la sala de espera, abrió la puerta de acceso al estrado e hizo señal de pasar. Emilia entró la primera, la siguió Enrique, después Magda, finalmente Raúl. El juez era un hombre joven; guardaba gravedad. La incitación a una reconciliación el magistrado la concretó así:

—¿Han meditado Uds., Raúl Zibermann y Emilia Escober, en el acto que van a realizar?... ¿Han pensado en su hijo?...

En el rostro de Emilia se dibujó una contracción de llanto que heló un esfuerzo de voluntad. Nada respondió. Raúl calló también. Magda se llevó el pañuelo a los ojos.

Ante este silencio, el juez mandó extender el acta en que hacía constar que Raúl Zibermann y Emilia Escober se presentaban pidiendo divorcio por mutuo consentimiento, y se fijaba un término de seis meses para que los querellantes concurrieran al juzgado a expresar nuevamente su voluntad.

Los primeros seis meses de plazo prescriptos por la ley para la primera ratifica-

ción, si fueron un siglo para Prebble, no lo fueron para Emilia cuyo tiempo era absorbido en mucho por la Facultad y su hijito.

Llegó la fecha establecida y Emilia se trasladó de nuevo a Montevideo con sus amigos. Raúl concurrió también a la audiencia, y los esposos declararon que persistían en su propósito ya enunciado. Se labró otra acta en que se hizo constar esta declaración, fijándose otro plazo de seis meses, a cuya expiración el juez debía dictar sentencia de divorcio si aun los esposos así lo deseaban.

## IV

Nadie dudaba ya de que el divorcio de Emilia sería un hecho en el indispensable tiempo que la ley establece. El único inconveniente posible estaba ya conjurado. Raúl no podía por su parte obstaculizar la marcha del asunto. Melania Pellet había propalado en Montevideo que Raúl se divorciaría para casarse con ella. Esta mujer venía, pues, con propósito distinto, a ser una aliada de Emilia.

Así las cosas, se esperó la fecha de la segunda ratificación que expresa la disposición legal con absoluta confianza.

Los meses que faltaban para la ansiada sentencia de divorcio corrieron más veloces que los que precedieron a la segunda audiencia. Es que había ya aprestos; es que había proyectos de cercana ventura; es que se divisaba ya la otra orilla...

Prebble había propuesto a Emilia casarse inmediatamente de obtenida la sentencia de

divorcio y marchar a Europa en viaje de bodas. Emilia había aceptado.

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

El momento anhelado se aproximaba. El abogado escribió a Enrique diciéndole que se había encontrado con Raúl y que éste le había manifestado que esperaba ansioso el momento de terminar su «enojoso» asunto con Emilia para inmediatamente casarse con una mujer con quien estaba vinculado por un verdadero cariño.

Escober había manifestado a Emilia un vivo deseo de asistir a su casamiento, malgrado su delicado estado de salud. El debía presenciar ese triunfo moral de su hija, que era también triunfo suyo.

Las familias de Escober y Treddy se trasladaron a Montevideo, pues sólo faltaban días para finalizar el juicio de separación. Prebble les había precedido, acompañado de su fiel Tubb, para disponer con el tiempo necesario todo lo relativo al enlace. Y lo hizo fastuosamente, no sin reñir con el leal sirviente, que, con la edad, habíase tornado tacaño.

El acto último del juicio de divorcio fué breve. Raúl concurrió al juzgado el primero. Nada hubo en este postrer encuentro de Emilia y Raúl de sentimental. Se asistía a

una cosa concluída. Producida la ratificación exigida por la ley, el juez hizo leer el acta en la cual constaba la disolución del vínculo matrimonial. Un abrazo confundió a Magda y Emilia.

Todo estaba preparado para que el casamiento que debía seguir al divorcio se realizara sin tropiezo alguno. Así sucedió, y dos días después un hermoso vapor llevaba al viejo mundo una pareja ansiosa de paz y de amor.

## V

Olvidemos por unos instantes a la protagonista de esta verídica historia y a su inglés, como cariñosamente llamaba ella a Prebble cuando de él hablaba con Magda, atravesando el océano. Ella ha de hablarnos pronto con la franqueza y talento que caracterizan su espíritu. Su hermana nos llama un instante y es preciso nos detengamos a considerarla en un momento interesante de su vida.

Eugenia asiste al cuarto año de la Facultad, y pareciera que el hado de estas muchachas hubiera resuelto que ellas no habían de alcanzar el anhelado diploma. El amor es el gran burlador de las cosas humanas... Eugenia era, por otra parte, una mujer muy bella en la frescura de sus veintidós años, belleza grácil, como exaltada por una vida marital apenas desflorada.

A poco de ser viuda tuvo cortejantes que rechazó; vivía aún absorbida por el recuer-

do de su marido; pero pasados casi dos años, en ese comercio de mujer que se ilustra, era difícil no encontrara alguien que la pusiera en trance de un nuevo casamiento.

Conoció en la Facultad a David Sommarruga, muchacho que comenzó sus estudios universitarios tarde, debido a su condición de hijo de familia de escasos medios, que le obligó a interrupciones en su educación para atender a la subsistencia de sus padres.

Entre Eugenia y David nació desde que se conocieron una chispa de simpatía. El la quiso con timidez. Se sentía inferior a ella. La veía inteligente, bella, en un medio social superior al suyo. Y se amaron en silencio, amor de aula, que es como amor de templo, sin que trascendiera. Sin embargo, Emilia, Magda y alguna otra amiga íntima conocían este amor y lo contemplaban como con respeto.

Era David Sommarruga un hombre de unos veintinueve años, de tez trigueña, alto, delgado, inteligente, de palabra fácil, acento armonioso, reflejando todo él una modestia que realzaba su persona. Hijo de italianos radicados en el país desde larga data, que vivían del trabajo diario, el padre tipógrafo y la madre obrera, pasó su niñez en ese medio argentino precursor del actual socialismo,

oyendo el comentario del hogar, que era la prolongación de la prédica de la calle o de la plaza y que acompañaba como un himno triste al ruído de la máquina que cose. Nació, pues, David, socialista. Y lo era de verdad. Lo era verboso sin petulancia; batallador silencioso, convencido sin apresuramientos y sin odios.

Entró en la Facultad así, con este tilde de socialista, pero sin espíritu militante, moderado, diríase un socialista de libro. Y fué conquistando amigos, admiradores por su talento y la blandura de su trato, malgrado el acero de sus convicciones.

No era, pues, extraño que este muchacho ya maduro, por no decir hombre, prestigioso entre sus condiscípulos, llamase la atención de Eugenia y llegara a inspirarle un amor.

Pero este cariño trabado en el contacto universitario era ya en la hija de Escober una pasión avasalladora? ¿No podría ella detenerse? Casaríase, así no más, sin bien madurarlo? ¿No sería una aventura?... ¿Su padre no pondría algún reparo?

Sommarruga había planteado su casamiento a Eugenia. Ella, queriéndole, le pidió espera. Habló con su padre. Le contó su relación con David en la Facultad. Le

habló de sus condiciones, de su pobreza... Le refirió sus triunfos como alumno. Le dijo que en sus conversaciones con él había descubierto una gran honradez de alma y una exquisita bondad. El médico después de oir a su hija, le manifestó que su novio le inspiraba simpatía. Que escribiera a su hermana al respecto.

## VI

París, agosto de 19...

Querido papá:

Habrás recibido nuestras noticias desde que salimos de Montevideo, que consistieron en varias tarjetas postales. Hasta este momento nada sabemos de Uds., suponiendo que la salud marcha bien, pues que de no ser así ya la mala nueva hubiera llegado a nosotros con la celeridad de lo inesperado.

Estamos en este París desde hace solamente ocho días, y si no te escribí antes fué porque inmediatamente de desembarcar Guillermo te telegrafió de Lisboa dándote cuenta de nuestro arribo a Europa con toda felicidad.

¿Qué te diré papá?... Que estoy contenta; que soy feliz; que mi marido me quiere mucho. Diciéndote esto pienso que se te cruzará por la mente algo así: «Al principio todo va bien». No, papá; no. Alguna vez me

parece haberte oído decir que los ingleses son buenos maridos. No te has equivocado; al menos por lo que al mío se refiere. Y así es, los ingleses son sencillos, son gente de hogar; parece que quisieran a la mujer con cierto respeto; no la dominan, no la subyugan; gozan con que ella mande; oyen a la compañera del hogar, se dejan conducir por ella...

Guillermo quiere mucho a Ul. Dice que le quiere más que si fuera su propio hijo. Se toma tanto cuidado por esta criatura que a veces yo me avergüenzo de que pueda creer que yo no soy con mi hijo todo lo cariñosa que debiera.

El sábado — de esto hace siete días — con el polvo aun del viaje, quise visitar los sitios que yo conocí siendo niña, en aquel viaje que hicimos contigo. ¡Qué hermoso viaje aquel! Tú venías fuerte, con muchas ilusiones. La medicina te cautivaba por aquel entonces. Yo recuerdo que ibas todos los días a los hospitales; que al regreso hacías apuntes con apuro, como para que no se te olvidara lo que habías visto. Recuerdo que mamá te decía: «Es hora de almorzar; mira que ya es tarde». Y tú la contestabas nervioso: "Espera, espera... siempre están ustedes pensando en comer". Y

después ¡cómo comías! Eras el que mejor hacías los honores de la mesa. Y cuando mamá te reconvenía: "No ves. Y decías que éramos nosotras las que teníamos hambre". Tú le respondías: "¡Es claro! Cómo no he de tenerlo... Salgo de aquí a las ocho, soporto un zangoloteo en el ómnibus por lo menos de una hora hasta llegar al hospital; después, cuando llego, un plantón de dos horas largas. En seguida nuevo zangoloteo de otra hora para volver al hotel, con unas buenas esperas para tomar el maldito vehículo... y que viene completo, otro plantón!...»

¡Cómo no ver a mi París de ahora tantos años! «Quiero, dije a Guillermo, hacer una peregrinación sola». «¿Cuál?... ¿A Lourdres». «No. Quiero visitar el París que me fué familiar cuando estuve en él de niña, con mis padres». Y salí del hotel. No quise ni llevar conmigo a Ul. Busqué un coche semejante a aquellos de entonces, con un mal caballejo y un cochero rollizo, de cara bien roja, chaqué lustroso por el uso, sombrero de hule y me encaramé en él. Yo quería sentirme en el París de mi infancia. El malandrín echó a andar, y pronto estuvimos donde yo había pedido se me condujera: el crucero de las calles Rivolí y San

Roch. Me puse a contemplar la fachada de nuestro querido Hotel París Osborne, donde vivimos varios meses. Eché después una mirada al Hotel Gibraltar, enfrente. Hice seguir al cochero por la calle San Roch y llegué a la iglesia del mismo nombre. Descendí. Serían las diez de la mañana. Penetré en el templo. Nadie había casi. Avancé hacia el altar mayor y me arrodillé en un sitio donde recuerdo solíamos hacerlo con mamá y Eugenia. Había en la iglesia olor a incienso y a cedro. Pensé en mi madre y lloré, lloré mucho. Recé. Yo no sé casi rezar; pero recé parte de las oraciones que mamá me enseñó de niña. Cuando me hube serenado, observé el interior del templo, todo está como antes... Salí, tomé otra vez el carruaje y continué mi camino hasta la avenida de la Opera; de allí regresé hacia el Louvre por la calle Pyramides. Vi el pequeño comercio donde mamá solía comprar yerba, que vendían con el nombre de «té du Paraguay». Está lo mismo que antes. Llegué a la pequeña plaza donde está la estatuà de Juana de Arco y seguí por la calle Rivoli, dejando a mi derecha el Louvre. Contemplé los soportales donde mi hermana y yo nos embelesábamos mirando las mil chucherías expuestas en los escaparates

de la infinidad de tiendas que allí hay, cuando tú y mamá salían de paseo con nosotras por aquellos pórticos llenos de inmenso gentío.

Continué hasta los almacenes de La Samaritana y regresé siempre por Rivoli. Atravesé el Sena por el puente... no me acuerdo. Me flaquea la memoria en este momento... tengo el nombre en la punta de la lengua... por donde pasábamos con mamá para ir al Bon Marché... Bueno, entré en la calle de Bac y después de unos doce minutos de camino estaba enfrente del conocido establecimiento que acabo de nombrar, donde tantas veces mamá nos compró juguetes y ropas.

Era hora de regresar al hotel. Me sentía roja, había llorado mucho, había suspirado tanto... Tú, mi santa madre, Eugenia... mi casamiento pasado, triste, tristísimo... mi felicidad presente, mi hijito, mi pobre hijito, todo fué evocado con emoción intensa en aquella mañana de mi París de niña.

Me llaman a comer. Tengo que dejar.

Reciban tú y Eugenia un abrazo nuestro, con besos de Ul.

**Emilia.**

## VII

Fontainebleau, octubre de 19...

Querida Eugenia:

Extrañarás que te escriba de Fontainebleau. Te diré. Antes de llegar, en el vapor, fué acometido Ul de una tosecilla que consideramos pasajera y acaso determinada por un resfrío de esos que los niños pasan en pie. Parecía que la tosecilla habíase ido cuando llegamos a París. Pero cátate que la cosa reaparece a poco de estar instalados en nuestro hotel. Llamó Guillermo a un especialista en enfermedades de niños y nos manifestó que lo que tenía Ul era tos convulsa. Efectivamente, vínole esa bronquitis que acompaña a la dolencia, alguna fiebre, etc. Calmado esto nos aconsejó el médico hiciéramos cambiar de aire al chico y nos indicó este hermoso pueblo de los alrededores de París, tan embalsamado por su fronda solitaria. A Ul le ha sen-

tado esto admirablemente, pero él doctor nos aconseja no dejar estos parajes hasta dentro de unos doce o quince días más.

Este contratiempo nos privará de ir a Londres para conocer a mi suegra, uno de los objetos primordiales de este viaje, pues el médico, a pesar del satisfactorio estado del niño, piensa que sería exponerle a una recaída casi segura, dado el cambio desfavorable de clima. Guillermo hizo ya una escapada para abrazar a su madre y me trajo regalos de ésta que me han llenado de gratitud. Como hemos de hacer otro viaje a Europa dentro de un año, ha de querer mi suerte que yo alcance a conocer a esta dignísima viejecita que, según me refiere Guillermo, está todavía muy fuerte.

No realizaremos, pues, el plan de viaje que nos habíamos trazado. No visitaremos a Inglaterra, Suecia y Noruega, Alemania... Nos contentaremos con esta estancia de casi dos meses en Francia, una breve excursión por Suiza e Italia, para embarcarnos en Génova ya de regreso. A propósito de Italia, dile a Magda que le escribiré de allí, largo... de su Nápoles. Que de ella sólo tuve hasta ahora dos cartas breves que me han dejado cierto vacío.

Y pasemos ya al fondo de la tuya. No

he de ocultarte que ella me ha producido extrañeza. Yo creía que tu casamiento con Sommarruga era ya una cosa resuelta. Calcula mi sorpresa al pedirme tú mi parecer a ese respecto. No será que tienes un nuevo pretendiente y que sea esto lo que origina tu duda? O que el contacto con la familia del senador Vidart, aunque no íntimo, haya puesto en ti reparos o miedo de casarte con un socialista?... La pintura que me hiciste allí de Sommarruga era atrayente, era la de un muchacho capaz de interesar a una mujer como tú; y me dijiste que te quería y que tú te sentías inclinada a él. ¿Y entonces?...

Será tal vez que el trance por que yo pasé te puso medrosa; que quieres por todos los medios precaverte de él?...

Mucho hablamos en diversas ocasiones contigo y con nuestro padre de esta trillada materia del matrimonio y estuvimos siempre de acuerdo en estas dos condiciones esenciales para su realización: cariño, afecto o amor, y un conocimiento mutuo que haga posible una vida en armonía.

Yo creí observar estos dos preceptos y me equivoqué. Quise a mi primer marido y creí conocerlo, pero no fué así.

Insisto en que es mi serio lance lo que

te pone en camino de pensar bien lo que vas a hacer. Y tienes razón, Eugenia. La mujer que en nuestro país discrepa hondamente con su marido y se separa de él, queda reducida a un ser desgraciado y expuesta a no ser moral. A ello la obligan nuestras leyes. Y como las leyes se han hecho para la sociedad y la sociedad se ajusta a ellas, si esa mujer va a Montevideo a divorciarse al amparo de otras leyes y se casa después, para nuestra sociedad arcaica, estúpida, esa mujer es una concubina.

Pero el hombre separado de su mujer no es un ser desgraciado; antes bien, la sociedad suele disculparle que haga vida con otra mujer, siempre que salve las apariencias: esto no lo deshonra. Pero a la mujer la sola sospecha de un desvío sí la deshonra. ¡Qué hermosa igualdad!

Ante este porvenir tristísimo de una separación, muchas mujeres optan por no separarse y ser infieles a su marido.

Estoy leyendo un libro muy interesante que trata de estos asuntos. Dice el autor, que es sueco, que las mujeres llevan siempre en el bolsillo un instrumentito con el cual no matan, pero que les sirve para abrirse un nuevo rumbo.

Opino, Eugenia, que debes casarte con

Sommarruga; porque lo quieres y porque pienso que su espíritu ha de armonizar con el tuyo... Y si te equivocaras, te queda un camino honrado: el divorcio en el Uruguay.

Te besa tu hermana

Emilia.

P. D. — Quiero creer que a Sommarruga no lo comprenden las generales de la ley: «ni locos ni alcoholistas». E.

## VIII

Lo que Emilia había escrito a Eugenia se cumplió puntualmente. De Fontainebleau salieron para Suiza e Italia. El viaje sólo había durado cuatro meses y medio. No tardaron, pues, los viajeros en estar de nuevo en Buenos Aires. Encontraron a Eugenia casada. La boda habíase efectuado con sencillez. David Sommarruga era modesto; no pudo él aspirar a un casamiento aparatoso, ni sus escasos medios se lo hubieran permitido. Fué por eso que la consagración matrimonial pasó para muchos inadvertida. Se casó como tantos hombres que creen que la ostentación y el ruído sólo hacen más friables y superfluas las cosas. Los padres de los contrayentes y sus testigos fueron los únicos que asistieron al acto.

El flamante matrimonio resolvió vivir en la casa paterna de la esposa, cediendo a un pedido del padre de ésta.

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

Prebble y Emilia se dirigieron del desembarcadero al alojamiento que Treddy les había preparado en un aristocrático sitio de Buenos Aires. Los negocios de la firma social formada por los dos amigos marchaban cada vez mejor; y si a esto han de agregarse las fuertes entradas que Prebble tenía de diverso origen, se comprenderá que el marido de Magda no fué corto en procurar una morada casi suntuosa a su socio. Soberbia casa, mobiliario severo, servidumbre, todo estuvo listo a la llegada de los viajeros.

Emilia rogó a su padre que viviera con ellos. Le había destinado un departamentito lleno de luz que daba sobre un jardín. «Aquí leerás, le dijo. Aquí pensarás; aquí recordaremos juntos tantas cosas caras; aquí lloraremos a las veces, pero no mucho, que en la vida no conviene llorar demasiado...»

Escober no accedió. No podía él abandonar a sus hijos pobres, Eugenia y David. Por otra parte, qué haría él en una casa de gente rica... Sus años, sus hábitos, lo llamaban al rincón de su hogar sencillo.

Prebble había experimentado con su nuevo estado un ansia de tener más. Fué por eso que apenas llegado buscó vincularse a

importantes círculos comerciales mediante sus antiguas relaciones y otras nuevas surgidas a la sombra de su ya envidiable fortuna. Pronto fué miembro de algunos directorios de compañías inglesas con sede en esta ciudad y entró de lleno en especulaciones promisoras de grandes utilidades.

Esta activa vida de negocios trajo aparejada otra social que hizo del hogar del matrimonio Prebble un centro de esparcimiento exquisito, donde el talento de la dueña de casa y su correcto hablar inglés la destacaron singularmente en un medio en que el principal elemento era constituído por una selecta parte de la colectividad británica de Buenos Aires.

Un año había transcurrido desde el día en que Prebble afrontó una vida activa de negocios, llegando a realizar utilidades que él mismo no se esperó. Dejó de ser en los centros financieros un hombre rico para ser un hombre de consejo. Y a medida que el éxito en la vida financiera aumentaba, Emilia se veía más festejada y adulada por gentes que antes la desdeñaron. Más de una vez pensó en su vida pasada. Hija de una familia honorable pero sin fortuna, no actuó, no pudo actuar sino en un medio social que estaba lejos de ser el de la gente

adinerada. Casada, cometió el delito de divorciarse. Nada, pues, había en ella que la hiciera merecedora de los agasajos y adulaciones de que era objeto. Ella no había modificado su conducta ante quienes la repudiaron desde el día en que se separó de Raúl... Era el dinero! Nada más que el dinero, ganado, amontonado honradamente por su marido, pero dinero al fin, el que operaba el milagro de cambiar las cosas... Y cruzó por su imaginación una idea diabólica: no habría sido ella demasiado dura con Raúl, ya que jugaba para tener dinero?...

## IX

El bienestar material, el encanto mismo de un hogar feliz, no colmaban el espíritu aquejado de un más allá de Emilia. Lo vulgar, ese vivir de mujer rica que sólo existe para los egoísmos de la familia y sus coqueterías de espejo, no era en su concepto el todo de una mujer que siente el mundo en sus modernas manifestaciones de dolor. Vivir sin alimentar el alma de placeres superiores era no llenar el gran destino de la existencia. Podía ella, la hija de un médico valientemente moral, conformarse con existir enclaustrada, impermeable a toda idea generosa? Ella, la que había desafiado ese qué dirán cobarde, divorciándose en un país extraño? La que había recibido el agua lustral de una universidad?...

No, pues, fué por eso que un día dijo a su marido: "Guillermo, tengo el propósito de fundar una sociedad que proteja a esas muchachas pertenecientes a la clase media o

trabajadora que caen en el vicio y a veces en el crimen por falta de amparo: unas vagan despojadas de un empleo a la merced de cualquier tentación; otras son madres y llegan hasta el infanticidio por ocultar su vergüenza, su deshonor. Y qué cosa más fácil que cometer el delito de ser madre; y qué cosa más humana que ocultarlo ya que con él se pierde la honra! Para llegar a este propósito cuento contigo, con algunas migajas de nuestra fortuna; con nuestras relaciones que son muchas y de buena posición..., con el senador Vidart, a quien has hecho un favor en estos días. Porque hay que echar mano de todo para hacer el bien».

Prebble, que tenía por su mujer adoración, la felicitó por su idea y le prometió su ayuda.

Llamó Emilia a Magda y a Eugenia, con quienes se veía casi a diario, conocedoras ya de su proyecto, para hacerles presente que era tiempo de poner manos a la obra.

Se convocó a una asamblea, que fué numerosa, y en ella se fundó la asociación, que tendría dos propósitos: buscar colocación o prestar ayuda a las muchachas que perdieran su empleo, y proteger a la madre y al hijo en el caso de jóvenes solteras. Se nombró presidenta de la nueva institución a Emilia y se constituyó también una comi-

sión protectora de miembros destacados de la colectividad inglesa y algunos argentinos, entre los cuales hizo incluir, la misma iniciadora, no sin picaresca intención, al propio senador Vidart. Era de ver las bromas que gastaron los colegas del parlamentario vitalicio en la tertulia de antesala cuando lo supieron protector de las madres solteras.

Emilia se entregó toda entera a la obra, e instaló en su propia casa la secretaría de la nueva sociedad, que lo era todo.

Pero no paró en eso el esfuerzo bienhechor de esta mujer generosa. Influyó con su marido para que una importante empresa industrial, de cuyo directorio era Prebble un miembro autorizado, fundara instituciones de beneficencia en pro de los operarios y sus familias que trabajaban en sus fábricas. Ella no quería ver rico a su marido sin que fuera bendecido alguna vez por los que sufren. Creía que la fortuna no es lícita si no contempla la desgracia.

Emilia tuvo la satisfacción de asistir a la inauguración de la primera escuela que fundara la importante empresa. Y poco tiempo después era invitada para asistir a una fiesta sencilla y conmovedora, donde por pedi-

do de su propio marido leía la primera lista de operarios que la Compañía jubilaba por enfermedad crónica, inhabilitación para el trabajo o vejez.

## X

Pero esta alma generosa, esta flor en plena fragancia, debía caer, como si un insecto maldito hubiera roído la débil parte que la unía a la planta. Emilia Escober iba a morir cuando recién había comenzado a dar a la sociedad el fruto de un excelso, de un sublime amor. Iba a morir, como cae de las manos el vaso de finísimo cristal sin haber recibido la flor que ha de darle poesía.

Un día sintió una indisposición. Se consideró una cosa pasajera. No se hizo caso. Pero la indisposición continuó. Se llamó médico; este consideró oportuna una ligera operación. Ella se realizó y la enfermedad pareció desaparecer.

Entregóse Emilia a su tarea favorita, es decir, la Sociedad. Y así transcurrió un tiempo más o menos largo sin que nada perturbara su salud. Vivaz, enérgica, locuaz, ocurrente, simpática, seguía entregada a sus «chicas», como ella decía.

Unos meses después de la operación, Emilia comenzó a adelgazar. Se llamó otra vez al médico, y después de varias consultas con otros facultativos vínose en que la paciente tenía un tumor de mala naturaleza y que debía esta vez ser sometida a una seria intervención quirúrgica.

La nueva operación se realiza y los médicos operadores declaran que el tumor ha sido totalmente extirpado y que no creen se reproduzca.

La enferma abandona el lecho a los veinte días de ser operada, contenta, animosa, y emprende de nuevo sus habituales tareas.

Prebble está preocupado. Le han dicho al oído la palabra cáncer. Propone a Emilia un viaje a Europa. Ella le manifiesta que la Sociedad necesita todavía de su acción inmediata. Que le promete acceder a su pedido más adelante.

Han transcurrido ocho meses y Emilia comienza a sentir fuertes dolores nocturnos en la región abdominal.

Se llama esta vez a otro médico, uno de los ginecólogos de más nota de Buenos Aires. Este opina que el tumor se ha reproducido, y que un nuevo acto operatorio sería desastroso. Que aconseja otros procedimientos modernos para combatir el cáncer, que

no son quirúrgicos. Pero que se debe obrar con rapidez.

Prebble recibe un golpe terrible. Insiste en llevar su mujer a Europa. Emilia consiente. Pero en pocos días han decaído mucho su espíritu y sus fuerzas. La opinión facultativa es, por otra parte, contraria al viaje.

Prebble se mesa de los cabellos, amenaza volverse loco, pero no hay qué hacer: la desgracia está ahí, fría, desgarradora. Escober desfallece. Eugenia, Magda, ven y no quieren creer.

Todo lo que la ciencia ordenó se puso en obra; pero los dolores siguieron, el enflaquecimiento hacía progresos. Un color pajizo había substituído a aquel color de fruta terciopelada. Sólo los ojos habíanse puesto más grandes, como si ellos quisieran vivir soberanos hasta lo último.

El proceso maldito había sido rápido. Emilia no iba ya a su secretaría. Había encargado a Magda la substituyera en la tarea. Permanecía sentada en un sillón bajo la acción de la morfina, encanto del dolor, como ella decía. No había nada que hacer sino esperar la muerte.

Emilia casi no lloraba. Ella veía a todos tristes. Los consolaba. Solía decir que la

muerte cuando se ha hecho algo en la vida es más bien un consuelo. Sólo sofocaba sollozos cuando veía a Ul, su hijo.

Prebble había abandonado sus negocios desde que se dió cuenta del grave mal que aquejaba a su mujer. Estaba bajo la influencia de una gran depresión que él parecía querer combatir con el alcohol. Nadie había visto jamás beber a Prebble. Pero en los últimos tiempos de la dolencia de su mujer, alguien le notó en sus movimientos y hasta en su expresión señales de haber bebido.

La hora fatal se aproximaba. Era una tarde otoñal. Emilia estaba mal. Los médicos no habían abandonado la casa de la enferma desde el día anterior. El corazón funcionaba con dificultad. Los parientes y amigos íntimos no se alejaban de la paciente. Una inquietud inesperada abrió la escena final. Emilia, como preparándose para morir, hizo que se aproximaran sus seres queridos. Tomó las manos de su padre, tomó después las de Eugenia, las de Magda, y como no viera a su marido, lo buscó con la vista. En ese instante entra Prebble. Llega de la calle. Al poner los pies en el umbral tambalea. Está como siempre, elegante; sólo sus polainas blancas tienen un poco de barro; lleva un ramo de flores. Ve el grupo

y se dirige precipitadamente hacia él. Pone el ramo en la falda de Emilia. No habla; está rojo. Hay una contracción muscular en su cara que tiene fuertemente apretadas las mandíbulas. Emilia lo acaricia. Le toma la cabeza, la besa; y volviéndose con dificultad hacia su padre, le dice balbuciente: «ni locos, ni alcoholistas...»

Entra un médico instantes después. Emilia Escober ha muerto.




INDIANA UNIVERSITY LIBRARIES
INDIANENSIS UNIVERSITATIS SIGILLUM
LUX
ET VERITAS
MDCCCXX



PQ7797
.M205A44
3 9000 001 997 415
INDIANA UNIVERSITY LIBRARIES
DO NOT REMOVE
SLIP FROM POCKET
DEMCO

